

Henry David Thoreau

libro al  
viento

CAMINAR



Y

UNA VIDA SIN

Traducción de Diego Uribe-Holguín

PRINCIPIOS





## **Libro al Viento**

---

**COLECCIÓN LATERAL**

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.  
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

## ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

**Claudia Nayibe López Hernández**

Alcaldesa Mayor de Bogotá

## SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

**Nicolás Francisco Montero Domínguez**

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

## INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

**Catalina Valencia Tobón**

Directora General

**Maira Salamanca Rocha**

Subdirectora de las Artes

**Mauricio Galeano Vargas**

Subdirector de Equipamientos Culturales

**Leyla Castillo Ballén**

Subdirectora de Formación Artística

**Adriana María Cruz Rivera**

Subdirectora Administrativa y Financiera

**Adriana Martínez-Villalba García**

Gerente de Literatura

**Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero**

**Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica**

**Molina, María Camila Jaramillo Laverde,**

**María Eugenia Montes Zuluaga,**

**Yenny Mireya Benavidez Martínez,**

**Wilmar Molina Vargas.**

Equipo del Área de Literatura

## PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, julio de 2021

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Diego Uribe-Holguín, por la traducción

© Fredy Ordóñez, por la presentación

**Camila Cardeñoso**, diseño de la colección **Bastarda Type** y **Camila Cardeñoso**, diseño de la tipografía **Obispo**

**Paula Andrea Gutiérrez Roldán**, diseño y diagramación

**Fredy Ordóñez**, edición

**Freepik**, imágenes de cubierta y páginas interiores

**Benjamin D. Maxham**, fotografía de la página 115, tomada de Wikimedia Creative Commons.

ISBN: 978-958-5595-98-9

**Buenos y Creativos SAS**, impresión

Impreso en Colombia

Febrero de 2022

## GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

[contactenos@idartes.gov.co](mailto:contactenos@idartes.gov.co)

[f @LibroAIViento](#) [t @LibroAIViento](#)

CAMINAR

Y

UNA VIDA SIN

PRINCIPIOS



7  
CÓMO SER SALVAJE  
Presentación

15  
CAMINAR

75  
UNA VIDA SIN PRINCIPIOS

115  
EL AUTOR



Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte y el Instituto Distrital de las Artes - Idartes

# CÓMO SER SALVAJE

Presentación

UN DÍA DE FINALES DE AGOSTO DE 1839 HENRY David Thoreau —de 22 años, desgredado, eléctrico— y su hermano John —dos años mayor, pulcro, el hijo prometedor de la familia— emprendieron un viaje por los ríos Concord y Merrimack —en un bote construido por ellos mismos— que duraría quince días y que a la postre cobraría las dimensiones de una viaje iniciático para el escritor. Por un lado, durante este viaje Thoreau tomaría notas de las que germinaría el primer libro que publicó; por otro, era la primera vez que hacían un paseo “lejos de la ciudad” para aventurarse en una naturaleza inexplorada y ocasionalmente misteriosa.

Por lo que Thoreau registró en su diario —un hábito que le aconsejó Ralph Waldo Emerson, inicialmente su mentor, pero esencialmente un amigo con el que compartiría lecturas y ámbitos buena parte de sus vidas—, es como si en ese

viaje hubiera abierto los ojos —o los empezara a abrir— por primera vez tanto a la humilde majestad de la naturaleza como a la plena consciencia de sí mismo. El 5 de septiembre escribió: “Por primera vez, esta tarde he reparado en la maravilla que es un río: un enorme volumen de materia que avanza incesantemente por entre los campos y los prados de esta tierra sustanciosa”.

Este viaje, los apuntes que tomó en él y a partir de él, y el esfuerzo por transfigurarlos en un escrito para aunar en él sus observaciones y reflexiones, prefigurarían una parte significativa de su obra: relatos de sus excursiones, diarios de viaje, suma de sus epifanías a raíz de su contacto con la naturaleza. *Walden* por ejemplo, su libro más célebre, pormenoriza dos años y medio viviendo —en una cabaña hecha por él mismo— junto a la laguna del mismo nombre, experiencia que le da pie para contraponer esa vida libre, salvaje, autónoma, a la restrictiva de la sociedad y espuria de la política.

En esa misma estela de ensayos iluminados por los ritmos naturales y suspicaces de la civilidad, está “Caminar” en un lugar significativo. Cabe aclarar que su interés por lo natural no está ligado a la visión de una naturaleza idílica ni tampoco a su versión doméstica; no son los jardines ni las trochas principales donde encuentra inspiración; es en la naturaleza salvaje, la impredecible, la aún no sometida a

los designios del hombre y a la que no llegan los rumores de la política: “En media hora puedo caminar hasta una porción de la superficie terrestre en la que ningún hombre pone el pie en todo el año, y donde, por consiguiente, la política no existe, puesto que esta no es más que el humo del cigarro de un hombre”.

Otra de las preocupaciones capitales de la obra de Thoreau es la posición que el hombre debería adoptar frente a la sociedad, cómo vivir y según qué creencias obrar. “Una vida sin principios” sobrevuela esta pregunta y, mucho antes de esta época delirantemente industrial, atina a preguntarse, y sobre todo a preguntarnos, si el trabajo que hacemos tiene sentido, y si tiene sentido la imagen de productividad imparable que tanto nos preocupamos por cultivar; entonces no duda en observar cáusticamente: “Si un hombre camina por los bosques la mitad del día por amor a ellos, corre el riesgo de ser considerado un vagabundo; pero si invierte todo su día en especular, talar aquellos mismos bosques y esquilmarse la tierra antes de tiempo, lo tendrán por un ciudadano laborioso y emprendedor”. No se ahorra ninguna ironía: “No sabía que la humanidad sufriera por falta de oro”. Y remacha: “No basta con que digas que trabajaste duro para obtener tu oro. El diablo también trabaja duro”. Y, muchísimo antes de que David Graeber publicara *Trabajos de mierda*, anotó: “La

mayoría de los hombres se sentirían ofendidos si se les empleara en lanzar piedras por encima de un muro y después volverlas a lanzar al otro lado con el único fin de ganarse un sueldo, pero muchos no tienen un trabajo más digno”.

Aunque tanto “Caminar”—que se desprendió de “The Wild” (“Lo salvaje”), una conferencia que dio en 1851— y “Una vida sin principios”—que tuvo su origen en una charla de 1854—se enviaron para su publicación en febrero de 1862, tres meses antes de su muerte, a los cuarenta y cuatro años, no nos resulta difícil leer a Thoreau como un contemporáneo: así como él, pero a una escala monstruosa, alcanzamos a inquietarnos por el voraz aprovechamiento con el que nos acercamos a la naturaleza, y además ideamos maneras de vivir en ella consciente y no intrusivamente. Y asimismo, junto con Thoreau, nos planteamos cómo es justo que vivamos en la sociedad, cómo vivir en el aquí y el ahora y cómo ser salvaje, es decir, cómo actuar sin perder eso primigenio, inmoderado y vital que hay en nosotros (por eso en “Caminar” exhortaba vigorosamente al lector: “Sobre todas las cosas no podemos permitirnos no vivir en el presente”).

Cuenta Robert Richardson —en la muy recomendable biografía que le dedicó— que Parker Pillsbury, un antiguo pastor y viejo amigo de la familia, le preguntó amablemente a Thoreau ya en su lecho de muerte: “Parece estar tan cerca

del borde del río oscuro que me aventuro a preguntarle cómo aparecerá ante usted la orilla opuesta”, a lo que replicó —“La respuesta de Thoreau fue un resumen de su vida”—: “Los mundos, de uno en uno”.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento



Henry David Thoreau

CAMINAR



Y

UNA VIDA SIN

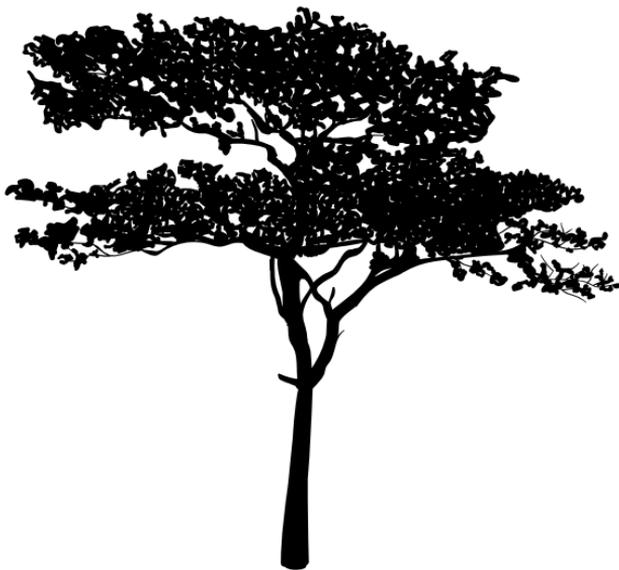
Traducción de Diego Uribe-Holguín

PRINCIPIOS





CAMINAR





QUIERO DECIR UNAS PALABRAS A FAVOR DE LA naturaleza, de la libertad absoluta y las maneras salvajes, en contraposición a una libertad y una cultura meramente civiles; considerar al hombre como habitante o parte integral de la naturaleza, en vez de como un miembro de la sociedad. Deseo hacer una declaración radical, para que sea enfática, porque ya hay suficientes partidarios de la civilización; el pastor, el comité escolar y cada uno de ustedes se encargarán de defenderla.

En el curso de mi vida apenas me he topado con una o dos personas que comprendían el arte de caminar, esto es, de dar caminatas; que poseían una aptitud, por así decirlo, para deambular a modo de *sauntering*, una hermosa palabra que se deriva de “aquella gente ociosa que vagaba por el campo en la Edad Media, pidiendo limosnas con el pretexto de dirigirse à la *Sainte Terre*”, a Tierra Santa; de manera tan frecuente que los niños comenzaron a exclamar, “¡Ahí va un Sainte-Terrer!”, un *saunterer*, uno de la Tierra Santa. Aquellos cuyos

paseos nunca conducen a Tierra Santa, como dicen pretender, ciertamente son meros holgazanes y vagabundos; pero aquellos que sí lo hacen son *saunterers* en el buen sentido, el que yo le doy. Hay quienes, sin embargo, derivan la palabra de *sans terre*, “sin tierra u hogar”, lo cual, en el buen sentido, significaría “sin un hogar en particular”, pero también, a la vez, “cuyo hogar está en todas partes”. Pues este es el secreto de un deambular fructífero. Quien permanece sentado en casa todo el día puede ser el mayor de los vagabundos; pero el *saunterer*, en el buen sentido, no lo es más que el río sinuoso, el cual se halla en constante y diligente búsqueda de la vía más corta para alcanzar el mar. Pero yo prefiero la primera etimología, que de hecho es la más probable. Pues cada caminata es una suerte de cruzada que algún Pedro el Ermitaño predica en nuestro interior, incitándonos a reconquistar esta Tierra Santa de las manos de los infieles.

Es verdad que hoy en día, incluidos los caminantes, no somos más que unos cruzados de corazón débil que acometen empresas inacabables sin perseverancia. Nuestras expediciones no consisten más que en dar una vuelta y en las tardes nos conducen de regreso al mismo hogar del que partimos. La mitad de la jornada consiste en desandar nuestros pasos. Tal vez deberíamos emprender las caminatas más cortas con un imperecedero espíritu de aventura, sin la intención de retornar, dispuestos a enviar

nuestros corazones embalsamados como reliquias a nuestros reinos desolados. Si se está dispuesto a abandonar madre y padre, hermano y hermana, esposa, hijo y amigos, y a jamás volverlos a ver; si se han pagado las deudas, se ha hecho el testamento, se han puesto en orden todos los asuntos y se es un hombre libre; entonces se está listo para una caminata.

Para hablar desde mi propia experiencia, a mi compañero y a mí —pues en ocasiones tengo un compañero— nos gusta imaginar que somos miembros de una orden nueva, o más bien antigua: no somos equitadores ni caballeros, ni jinetes de ningún tipo, sino caminantes, una categoría que considero más antigua y honorable. El espíritu heroico y caballeresco que alguna vez le correspondió al jinete parece ahora residir, o quizá haberse sedimentado, en el caminante, no el caballero, sino el caminante errante. Este es una especie de cuarto estamento, aparte de la Iglesia, el Estado y el pueblo.

Hemos notado que somos casi los únicos por aquí que practican este noble arte; aunque, a decir verdad, por lo menos si hemos de dar crédito a sus afirmaciones, a la mayoría de mis vecinos le gustaría pasear de vez en cuando como yo lo hago, pero no pueden. Ninguna riqueza puede comprar el indispensable tiempo libre, la libertad y la independencia que constituyen el capital de esta profesión. Sólo se obtienen por la gracia de Dios. Se requiere de un designio directo del

cielo para llegar a ser un caminante. Se tiene que haber nacido en la familia de los caminantes. *Ambulator nascitur, non fit* [el caminante nace, no se hace]. Es cierto que algunos de mis conciudadanos recuerdan y me han descrito algunas de las caminatas que realizaron hace diez años, en las que fueron bendecidos con la oportunidad de perderse en el bosque durante media hora; pero sé muy bien que desde entonces, por más pretensiones que tengan de pertenecer a esta clase selecta, se han limitado a ir por la carretera. Sin duda debieron sentirse exaltados por la reminiscencia de algún estado de existencia previo, en el que fueron habitantes de los bosques y forajidos.

Al llegar al verde bosque,  
una alegre mañana,  
oyó las pequeñas notas  
del alegre cántico de las aves.

Hace mucho tiempo, dijo Robin,  
que estuve aquí la última vez;  
tengo un cierto anhelo  
de flechar al pardo ciervo.<sup>1</sup>

1 Cita de *A Gest of Robyn Hode*, uno de los relatos más antiguos que se conservan sobre el legendario personaje Robin Hood, impreso entre 1492 y 1534. (Todas las notas de esta edición son del traductor).

Creo que no podría preservar la salud ni el ánimo si no invirtiera por lo menos cuatro horas al día —y suele ser más que eso— en deambular por los bosques, las colinas y las praderas, completamente libre de todos los compromisos mundanos. Se me podría decir fácilmente: “Un penique por tus pensamientos, o un millar de libras”. Cuando recuerdo que los artesanos y los comerciantes no sólo permanecen en sus establecimientos la mañana entera, sino también toda la tarde, muchos de ellos sentados con las piernas cruzadas —como si las piernas estuvieran hechas para sentarse y no para estar de pie o caminar—, pienso que es digno de admiración que no se hayan suicidado hace mucho tiempo.

Yo, que no puedo permanecer en mi habitación un solo día sin oxidarme un poco, y que he sentido que cometo un pecado imperdonable cuando saco tiempo para una caminata a última hora —a las cuatro, demasiado tarde para reivindicar el día, cuando las sombras de la noche ya han comenzado a mezclarse con la luz diurna—, confieso que me asombra la capacidad de resistencia, por no mencionar la insensibilidad moral, de mis vecinos que se confinan el día entero en sus tiendas y sus oficinas, durante semanas y meses, e incluso años. No sé de qué sustancia están hechos, sentados ahí ahora, a las tres de la tarde, como si fueran las tres de la mañana. Bonaparte puede hablar del coraje de las tres de la

madrugada, pero eso no es nada comparado con el coraje que se requiere para sentarse alegremente a esa misma hora de la tarde contra la propia voluntad — pese a haber intimado con uno mismo toda la mañana—, tratando de rendir por hambre una guarnición con la que uno está ligado por tan estrechos lazos de simpatía. Me maravilla que hacia esa hora, o, digamos, entre las cuatro y las cinco de la tarde, demasiado tarde para los periódicos matutinos y demasiado temprano para los vespertinos, no se oiga a lo largo de toda la calle una explosión general, que esparza a los cuatro vientos una legión de nociones y caprichos anticuados y domésticos para airear el ambiente, y que de este modo el malestar se cure a sí mismo.

No sé cómo hacen para soportarlo las mujeres, que están aún más recluidas en casa que los hombres; aunque tengo motivos para sospechar que la mayoría de ellas no lo soporta en absoluto. Cuando, en verano, temprano en la tarde, nos sacudimos el polvo de la ciudad de los faldones del traje, apresurándonos ante esas casas de fachadas estrictamente dóricas y góticas, las cuales poseen un cierto aire de reposo, mi compañero me susurra que lo más probable es que a esas horas todos sus ocupantes ya se hayan ido a la cama. Es entonces cuando puedo apreciar la belleza y la gloria de la arquitectura, que nunca se recoge, sino que permanece siempre erguida y vigilante, velando a los que dormitan.

Sin duda el temperamento y, sobre todo, la edad, tienen bastante que ver con ello. Según una persona envejece, su capacidad de permanecer en reposo y ocuparse de cuestiones domésticas aumenta. Sus hábitos se tornan vespertinos a medida que el ocaso de la vida se avecina, hasta que finalmente sólo sale a pasear justo antes de la puesta del sol y, en media hora, camina cuanto necesita.

Pero el caminar al que me refiero no tiene nada en común con aquello que llaman “hacer ejercicio” —como si fuera una medicina que los enfermos toman a horas establecidas; como levantar pesas o balancearse en un columpio—, sino que es en sí mismo la empresa y la aventura del día. Si lo que quieren es ejercitarse, vayan en busca de las fuentes de la vida. ¡Imaginen un hombre levantando mancuernas para mantenerse sano, cuando esas fuentes borbotan en lejanas praderas a las que nunca se aventurará!

Además, se debe caminar como un camello, del que se dice es el único animal que rumia al andar. Cuando un viajero le pidió a la criada de Wordsworth que le enseñara el estudio de su patrón, ella replicó: “Esta es su biblioteca, pero su estudio se halla al aire libre”.

Vivir mucho al aire libre, al sol y al viento, sin duda produce cierta aspereza en el carácter; desarrolla una gruesa callosidad sobre las cualidades más sutiles de nuestra naturaleza,

al igual que curte el rostro y las manos, y como el trabajo manual severo priva a estas de algo de la delicadeza de su tacto. No obstante, por otro lado, permanecer en casa puede producir una piel suave y delicada, por no decir débil, acompañada de una sensibilidad mayor ante ciertas impresiones. Quizá seríamos más susceptibles a algunas influencias importantes para nuestro crecimiento intelectual y moral si sobre nosotros brillara menos el sol y soplara menos el viento; y sin duda constituye un bonito asunto el determinar la proporción correcta de piel gruesa y piel fina. Pero yo pienso que se trata de una costra que no tardará en caer; que el remedio natural ha de hallarse en la proporción que la noche le concede al día; el invierno, al verano; el pensamiento, a la experiencia. Habrá mucho más aire y más sol en nuestros pensamientos. Las palmas callosas del trabajador están más versadas en finos tejidos de dignidad y heroísmo, cuyo tacto estremece el corazón, que los lánguidos dedos de la ociosidad. Sólo el sentimentalismo se pasa el día en cama y se cree inmaculado, lejos del bronceado y los callos de la experiencia.

Cuando caminamos, naturalmente nos dirigimos hacia los campos y los bosques: ¿qué sería de nosotros si sólo paseáramos por un jardín o una avenida? Algunas sectas de filósofos incluso han sentido la necesidad de llevar el bosque hasta ellos,

puesto que ellos no iban a los bosques. “Plantaron arboledas y alamedas de plátanos”, donde daban *subdiales ambulationes* [paseos al aire libre] en pórticos descubiertos. Desde luego es inútil dirigir nuestros pasos hacia los bosques si no nos llevan allá. Me alarmo cuando ocurre que he caminado una milla hacia los bosques físicamente sin estar yendo a ellos en espíritu. En mi paseo de la tarde me gustaría olvidar todas mis ocupaciones matutinas y mis obligaciones con la sociedad. Pero a veces sucede que no puedo sacudirme fácilmente la ciudad. El recuerdo de alguna labor me viene a la cabeza y ya no estoy donde está mi cuerpo, sino fuera de mí. Me gustaría retornar a mí mismo en mis paseos. ¿Qué pretendo con ir al bosque si estoy pensando en algo que no está ahí? Sospecho de mí mismo, y no puedo evitar un estremecimiento, cuando me descubro tan comprometido, incluso en aquello que llamamos “buenas obras”, lo cual puede suceder a veces.

Mi región ofrece una infinidad de buenas caminatas; y aunque durante muchos años he caminado prácticamente cada día, y a veces durante varios días seguidos, aún no las he agotado. Un paisaje completamente nuevo constituye una gran felicidad, y todavía puedo encontrar uno cada tarde. Dos o tres horas de camino pueden conducirme a un paraje desconocido, más allá de todas mis expectativas. Una sola granja que no haya visto antes puede resultar tan maravillosa como los

dominios del rey de Dahomey<sup>2</sup>. De hecho, puede descubrirse una suerte de armonía entre las posibilidades que ofrece un paisaje en un radio de diez millas —los límites de una caminata vespertina— y los setenta años de una vida humana. A ninguno llegarás a conocerlo del todo.

Hoy día, casi todas las llamadas mejoras del hombre, como la construcción de casas y la tala de bosques y de todos los árboles de gran tamaño, solamente deforman el paisaje y lo hacen cada vez más dócil y vulgar. ¡Un pueblo que comenzara por quemar las cercas y dejar el bosque en pie! He visto los cercados medio calcinados, los límites perdidos entre la pradera, y un acaparador mundano vigilando sus lindes con un agrimensor, mientras el cielo acontecía a su alrededor y él no veía a los ángeles ir y venir, sino que buscaba el viejo hoyo de un poste en medio del paraíso. Volví a mirar y lo vi de pie en medio de una ciénaga estigia, rodeado de demonios, y no hay duda de que había encontrado su linde, tres pequeñas piedras donde había sido clavada una estaca; y al mirar más cerca, vi que el Príncipe de la Oscuridad era el agrimensor.

Desde mi propia puerta, puedo caminar fácilmente diez, quince, veinte y cualquier número de millas sin pasar junto

2 Situado en la región costera de la actual República de Benín, el Reino de Dahomey fue un antiguo y próspero reino africano que se distinguió por sus mujeres guerreras —denominadas «amazonas» por los colonos franceses— y como uno de los principales centros del comercio transatlántico de esclavos.

a ninguna casa ni cruzar camino alguno, excepto los que trazan el zorro y el visón: primero, andando a lo largo del río, después, del arroyo, y luego, por la pradera y el lindero del bosque. Hay en los alrededores varias millas cuadradas que no están habitadas. Desde más de una colina puedo ver la civilización y las moradas del hombre a lo lejos. Los granjeros y sus labores escasamente se distinguen mejor que las marmotas y sus madrigueras. Me complace ver qué poco espacio ocupan en el paisaje el hombre y sus asuntos: la Iglesia, el Estado y la escuela, los oficios y el comercio, las industrias y la agricultura; e incluso el más alarmante de todos, la política. La política no es más que un estrecho campo, al que conduce un camino más estrecho aún. A veces encaminó al viajero hacia allá. Si quieres ir al mundo de la política, toma esa gran carretera y sigue a aquel mercader, deja que su polvareda se asiente en tus ojos y te conducirá directo allí; porque la política también es un terreno acotado y no ocupa la totalidad del espacio. La paso de largo al adentrarme en el bosque, cual si fuera un frijolar, y me olvido de ella. En media hora puedo caminar hasta una porción de la superficie terrestre en la que ningún hombre pone el pie en todo el año, y donde, por consiguiente, la política no existe, puesto que esta no es más que el humo del cigarro de un hombre.

La aldea, la villa, es el lugar donde convergen los caminos, una suerte de expansión de la carretera, como el lago al río. Es el cuerpo del que los caminos son los brazos y piernas; una encrucijada de tres o cuatro vías, lugar de paso y posada para los viajeros. La palabra proviene del término latino *villa*, que junto con *via*, “camino”, o las más antiguas *ved* y *vella*, Varrón derivó de *veho*, “cargar”, porque la aldea es el lugar al que, y desde el cual, se transportan las cosas. Se decía que quienes se ganaban la vida como arrieros se dedicaban a *vellaturam facere* [acarrear a las aldeas]. De ahí también la palabra latina *vilis*, y nuestro “vil”, y también “villano”. Lo que sugiere el tipo de degeneración a la que son proclives los aldeanos, que, aunque nunca viajan, viven fatigados por el tránsito que discurre a través y por encima e ellos.

Hay quienes ni siquiera caminan; otros lo hacen por las carreteras; unos pocos atraviesan fincas. Las carreteras están hechas para los caballos y los hombres de negocios. Yo las uso relativamente poco, porque no tengo prisa en llegar a ninguna de las tabernas, tiendas, caballerizas de alquiler o estaciones a las que conducen. Soy un buen caballo de trocha, pero elijo no ser uno de carretera. El paisajista recurre a figuras humanas para marcar las veredas. No podría hacer tal uso de la mía. Yo camino por la misma naturaleza por la

que lo hicieron los antiguos profetas y poetas, Manu<sup>3</sup>, Moisés, Homero, Chaucer. Pueden llamar a esto América, pero no es América; ni Américo Vespucio ni Colón ni ninguno de los otros la descubrieron. Hay más verdad en la mitología que en cualquier historia sobre esa dichosa América que yo haya oído.

Sin embargo, existen unos pocos viejos caminos por los que se puede andar con provecho, como si ahora, cuando prácticamente están en desuso, sí condujeran a alguna parte. Está la Vieja Carretera de Marlboro, que ya no se dirige a Marlboro, me parece a mí, a no ser que sea a Marlboro adonde me lleve. Me tomo el atrevimiento de mencionarla aquí, pues supongo que hay una o dos carreteras así en cada región.

## LA VIEJA CARRETERA DE MARLBORO

Donde una vez cavaron en busca de fortuna,  
mas nunca hallaron nada;  
donde huestes milicianas  
y Elijah Wood  
solían marchar en fila,

3 *Las leyes de Manu* es uno de los textos más importantes de la India antigua, compuesto por una serie de principios éticos y filosóficos que, según la tradición hindú, el dios creador Brahma le reveló al sabio Manu, el primer ser creado. Traducido por primera vez al inglés por el lingüista británico sir William Jones, Thoreau lo consideraba uno de los textos antiguos más fascinantes que había leído y se refirió a él en varias ocasiones a lo largo de su obra.

temo que inútilmente:  
ya no queda nadie,  
excepto perdices y conejos,  
y Elisha Dugan,  
hombre de hábitos salvajes,  
que no tiene preocupaciones,  
salvo poner trampas de lazo;  
que vive en soledad,  
más cerca de la médula,  
donde la vida es más dulce  
y la comida abunda.

Cuando la primavera me remueve la sangre  
con el instinto de viajar,  
sacio mis ganas de gravilla  
en la Vieja Carretera de Marlboro.

Nadie la repara,  
pues nadie la desgasta,  
es un camino vivo,  
como dicen los cristianos.

No hay muchos  
que aún la recorran,  
salvo algunos invitados  
de Quin, el Irlandés.

¿Qué otra cosa es

sino un camino que tomar,  
y la simple posibilidad  
de permitirse deambular?  
Grandes hitos de piedra,  
pero ningún viajero;  
cenotafios de pueblos  
con sus nombres coronados.  
Conviene acercarse a mirar  
dónde podrías estar.  
Aún me pregunto  
qué rey hizo todo aquello;  
cuáles concejales,  
cómo y cuándo, los erigieron:  
¿Gourgas o Lee,  
Clark o Darby?  
Denotan un gran empeño,  
el anhelo de ser eternos;  
desvaídas tablas de piedra,  
donde un viajero se puede quejar,  
y en una sola frase,  
todo cuanto sabe labrar,  
para que pueda ser leído  
por quien acaso ande perdido.  
Conozco un par de inscripciones

que pasarían por versos,  
literatura que sería apreciada  
a lo ancho de la tierra;  
que un hombre podría recordar  
hasta el próximo diciembre,  
y leer de nuevo en primavera,  
tras el deshielo.  
Si con fantasía desplegada,  
abandonas tu morada,  
puedes dar la vuelta al mundo  
por la Vieja Carretera de Marlboro.

En la actualidad, la mayor parte de la tierra en esta región no es propiedad privada; el paisaje no tiene dueño y el caminante disfruta de una cierta libertad. Pero posiblemente llegará el día en que la dividan en lo que se denomina fincas de recreo, de las que sólo unos pocos obtendrán un placer limitado y exclusivo; cuando se multipliquen las cercas, los cepos para intrusos y demás artilugios inventados para confinar a las personas a los caminos “públicos”, y caminar sobre la faz de la tierra de Dios sea interpretado como un allanamiento de la propiedad de algún caballero. Disfrutar de algo exclusivamente por lo general implica excluirse a uno mismo de su verdadero disfrute.

Aprovechemos, pues, nuestras oportunidades, antes de que lleguen los días aciagos.

¿Por qué a veces resulta tan arduo decidir hacia dónde hemos de caminar? Creo que en la naturaleza existe un sutil magnetismo y que, si cedemos a él inconscientemente, nos guiará correctamente. No da igual qué camino tomemos. Hay uno correcto, pero somos muy propensos, por negligencia y estupidez, a tomar el equivocado. De buen grado tomaríamos aquel que nunca hemos emprendido en el mundo real y que simbolice perfectamente el camino que deseamos recorrer en nuestro mundo interior e ideal; y si a veces nos resulta difícil elegir nuestro rumbo, es porque este aún no existe de forma clara en nuestra mente.

Cuando salgo de casa a caminar sin saber adónde me llevarán mis pasos, y me someto a lo que mi instinto decida por mí, me encuentro, por más raro y caprichoso que pueda parecer, con que final e inevitablemente me enfilo al suroeste, hacia un bosque, una pradera, un pastizal deshabitado o una colina en esa dirección. Mi aguja es lenta en fijarse: oscila unos pocos grados y no siempre apunta directo al suroeste, es cierto, y tiene sus propias razones respecto a esta variación, pero siempre se decide por un punto entre el oeste y el suroeste. Para mí el futuro se halla en esa dirección, y la tierra me resulta menos árida y más fértil de ese lado. El perímetro que

delimita mis caminatas no es una circunferencia, sino una parábola, o más bien, una de esas órbitas cometarias que se consideran curvas sin retorno, abriéndose en este caso hacia el oeste y donde mi casa ocupa el lugar del sol. A veces, indeciso, doy varios rodeos durante un cuarto de hora, hasta que, por milésima vez, resuelvo encaminarme hacia el suroeste o el oeste. Al este sólo voy a la fuerza; pero hacia el oeste camino libremente. Ningún asunto me lleva allí. Me resulta difícil creer que pueda encontrar bellos paisajes o suficiente naturaleza salvaje y libertad tras el horizonte oriental. No me entusiasma la perspectiva de caminar en esa dirección; en cambio, me parece que el bosque que veo en el horizonte occidental se extiende sin interrupción hacia el sol poniente, y que allí no hay pueblos ni ciudades lo bastante grandes para molestarme. Dondequiera que viva, si a un lado está la ciudad y en el otro la naturaleza, siempre me apartaré de la ciudad para refugiarme en lo salvaje. No haría tanto énfasis en este hecho si no creyera que algo similar constituye la tendencia predominante entre mis compatriotas. Debo caminar hacia Oregón, no hacia Europa. La nación se mueve en esa dirección, y me atrevería a decir que la humanidad progresa de este a oeste. En unos pocos años, con la colonización de Australia, hemos sido testigos del fenómeno de una migración hacia el sureste; pero esto se nos presenta como un

movimiento retrógrado y, a juzgar por el carácter físico y moral de la primera generación de australianos, el experimento aún no ha demostrado ser exitoso. Los tártaros orientales piensan que no hay nada más al oeste del Tíbet. “El mundo se termina allí”, dicen; “más allá sólo hay un mar sin orillas”. Habitan un oriente absoluto.

Al este vamos para comprender la historia y estudiar las obras de arte y de literatura, desandando los pasos de la raza; al oeste vamos como hacia el futuro, con espíritu de iniciativa y aventura. El Atlántico es una corriente letea, y al cruzarla hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si esta vez no tenemos éxito, puede que a nuestra raza le quede una última oportunidad antes de llegar a las orillas de la Estigia, en el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho.

Desconozco cuán significativo es, o hasta qué punto constituye una prueba de singularidad, que un individuo coincida al dar una simple caminata con el movimiento general de la humanidad; pero sé que algo semejante al instinto migratorio de aves y cuadrúpedos —que, como se sabe, en ciertos casos ha afectado a la familia de las ardillas, incitándolas a un desplazamiento general y misterioso, durante el cual, dicen algunos, se les ha visto cruzar los ríos más anchos, cada una sobre su propia astilla, con las colas desplegadas a modo de

vela, y tendiendo puentes a través de los arroyos más estrechos con los cadáveres de sus compañeras—, algo así como el furor que afecta al ganado doméstico en primavera, y que se le atribuye a un cierto gusano en sus rabos, afecta tanto a las naciones como a los individuos, ya sea de manera perpetua o de vez en cuando. No que nuestra comunidad grazne como una bandada de gansos salvajes, pero hasta cierto punto este fenómeno trastoca el valor de los bienes raíces, y, de ser yo un agente inmobiliario, probablemente tendría en cuenta esta perturbación.

Entonces la gente anhela partir en peregrinación,  
Y los palmeros van en busca de costas desconocidas.<sup>4</sup>

Cada atardecer del que soy testigo me inspira el deseo de partir hacia un oeste tan distante y hermoso como aquel donde se pone el sol. Ese sol que parece migrar hacia el oeste diariamente, tentándonos a seguirlo, es el Gran Pionero del Oeste que veneran las naciones. Toda la noche soñamos con aquellas cadenas montañosas en el horizonte, aunque no sean más que vapor, las últimas que doraron sus rayos. La isla de Atlantis, y las islas y jardines de las Hespérides, una suerte de

4 Versos del prólogo de *Los cuentos de Canterbury*, de Geoffrey Chaucer (1343-1400).

paraíso terrenal, parecieran haber sido el Gran Oeste de los antiguos, envuelto en misterio y poesía. ¿Quién no ha visto en su imaginación, al contemplar el cielo del ocaso, esos jardines y el fundamento de todas aquellas fábulas?

Colón sintió la tendencia de ir hacia el oeste con más fuerza que nadie antes que él. La obedeció y halló el Nuevo Mundo para Castilla y León. En aquellos días, el rebaño humano olfateó unos pastos frescos a lo lejos:

Y ahora el sol se extiende por todas las colinas,  
y ahora se hunde en la bahía occidental;  
irguiéndose por fin con un tirón de su manto azul;  
mañana, a bosques verdes y pastos frescos.<sup>5</sup>

¿En qué lugar del mundo puede hallarse un área de igual extensión a la que ocupa el conjunto de nuestros estados, tan fértil, rica y variada en sus productos y al mismo tiempo tan habitable para el europeo? Michaux<sup>6</sup>, que sólo conocía algunas de ellas, dice que “las especies de árboles de gran tamaño son mucho más numerosas en Norteamérica que en Europa; en los Estados Unidos hay más de ciento cuarenta

5 Últimos versos del poema “Lycidas”, de John Milton (1608-1674).

6 François André Michaux (1770-1855) fue un importante botánico francés. Hijo del naturalista y explorador André Michaux, exploró Norteamérica junto a su padre en busca de recursos botánicos.

especies que superan los treinta pies de altura; en Francia, no más de treinta”. Botánicos posteriores confirmaron sobradamente sus observaciones. Humboldt<sup>7</sup> vino a América para realizar sus sueños juveniles de estudiar la vegetación tropical y la contempló en todo su esplendor en los bosques primitivos del Amazonas, la zona salvaje más gigantesca de la tierra, que tan elocuentemente describió. El geógrafo Guyot<sup>8</sup>, también europeo, fue más lejos, más de lo que estoy dispuesto a seguirle, aunque no cuando dice: “Así como la planta se hizo para el animal, y el reino vegetal para la fauna, América fue creada para el hombre del Viejo Mundo... El hombre del Viejo Mundo prosigue su camino. Dejando las tierras altas de Asia, desciende, de etapa en etapa, hacia Europa. Cada uno de sus pasos deja la impronta de una nueva civilización, superior a la precedente por una mayor capacidad de desarrollo. Al toparse con el Atlántico, hace una pausa a orillas de este océano desconocido, cuyos límites desconoce, y vuelve sobre sus pasos por un instante”. Cuando ha agotado los ricos suelos europeos y se ha revigorizado, “entonces reemprende

7 Alexander von Humboldt (1769-1859) fue un naturalista, humanista y explorador prusiano. Sus expediciones lo llevaron desde Europa hasta América y Asia Central, y sus escritos sobre sus observaciones científicas, especialmente respecto a los trópicos americanos, impulsaron una nueva manera de entender la naturaleza.

8 Arnold Henry Guyot (1807-1884) fue un geólogo y geógrafo suizo, emigrado a Estados Unidos y profesor de la Universidad de Princeton.

su intrépida carrera hacia el oeste, como en las épocas más antiguas”. Hasta aquí Guyot.

Del contacto entre este impulso hacia occidente y la barrera del Atlántico, emergieron el comercio y la iniciativa de los tiempos modernos. El joven Michaux, en sus *Viajes al oeste de los montes de Allegheny* de 1802, dice que “la pregunta más frecuente entre los nuevos pobladores del oeste era: ‘¿De qué parte del mundo vienes?’”, como si estas vastas y fértiles regiones fueran por naturaleza el lugar de encuentro y la patria común de todos los habitantes del planeta”.

Por utilizar una expresión latina obsoleta, podría decir: *Ex Oriente lux, ex Occidente frux*. De oriente, la luz; de occidente, el fruto.

Sir Francis Head, viajero inglés y gobernador general de Canadá, nos dice que “en ambos hemisferios del Nuevo Mundo, el septentrional y el meridional, la naturaleza no sólo ha diseñado sus obras a mayor escala, sino que ha pintado el cuadro entero con colores más brillantes y suntuosos que los usados al bosquejar y embellecer el Viejo Mundo... Los cielos americanos parecen infinitamente más altos, más azules; el aire, más puro; el frío, más intenso; la luna, más grande; el trueno, más sonoro; el relámpago, más vívido; el viento, más fuerte; la lluvia, más recia; las montañas, más altas; los ríos, más largos; los bosques, más inmensos; las llanuras, más extensas”.

Una declaración que por lo menos bastará para contraponer a la descripción que hace Buffon de esta parte del mundo y sus creaciones.

Hace mucho, Linneo dijo: “*Nescio quae facies laeta, glabra plantis Americanis*” (no sé qué hace tan lozanas y suaves a las plantas americanas); y yo creo que en esta tierra no hay ninguna, o a lo sumo muy pocas, *africanæ bestiae* [bestias africanas], como las llamaban los romanos, y que también en este sentido resulta particularmente apta para la habitación humana. Nos cuentan que a menos de tres millas del centro de la ciudad de Singapur, en las Indias Orientales, algunos de los habitantes son devorados anualmente por tigres rapaces; mientras que, prácticamente en cualquier lugar de Norteamérica, el viajero puede acostarse en los bosques durante la noche sin temor a las bestias salvajes.

Estos testimonios son alentadores. Si la luna se ve más grande aquí que en Europa, probablemente suceda lo mismo con el sol. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos, y las estrellas más brillantes, confío en que esto simbolice la altura a la que la filosofía, la poesía y la religión de sus habitantes pueda algún día remontarse. Al final, puede que el cielo inmaterial resulte mucho más alto para la mente americana; y las insinuaciones que lo constelan, mucho más brillantes. Porque creo que el clima tiene este efecto sobre

el hombre, al igual que hay algo en el aire de montaña que alimenta el espíritu e inspira. ¿No alcanzará el hombre una mayor perfección tanto física como intelectual bajo estas influencias? O acaso no importa cuántos días brumosos haya en su vida. Confío en que seremos más imaginativos, que nuestros pensamientos serán más claros, más frescos y más etéreos, como nuestro cielo; nuestro entendimiento más amplio y comprensivo, como nuestras llanuras; nuestro intelecto en general de mayor escala, como nuestros truenos y relámpagos, nuestros ríos, montañas y bosques; e incluso que nuestros corazones correspondan en amplitud, profundidad y grandeza con nuestros mares interiores. Tal vez el viajero encuentre un cierto aire de *laeta* y *glabra*, de alegre y sereno, en nuestros rostros. ¿O si no con qué fin se mueve el mundo y por qué fue América descubierta? A los americanos casi huelga decirles:

Hacia el oeste la estrella del imperio sigue su camino.<sup>9</sup>

Como verdadero patriota, me avergonzaría pensar que, en términos generales, Adán en el paraíso estaba en una posición más favorable que un habitante del bosque en este país.

9 Último verso del poema "On the Prospect of Planting Arts and Learning in America", del filósofo irlandés George Berkeley (1685-1753).

En Massachusetts nuestras simpatías no se limitan a Nueva Inglaterra; aunque podamos estar distanciados del Sur, simpatizamos con el Oeste. Allí se encuentra el hogar de nuestros hijos más jóvenes, que, al igual que los escandinavos, se hicieron a la mar en busca de su herencia. Es demasiado tarde para estar estudiando hebreo; es más importante comprender la jerga de hoy.

Hace algunos meses fui a ver un panorama del Rin. Era como un sueño medieval. Floté aguas abajo, con algo más que mi imaginación, por su corriente histórica, bajo puentes contruidos por los romanos y reparados por héroes posteriores, ante ciudades y castillos cuyos mismos nombres eran música a mis oídos, y cada uno de los cuales era el tema de una leyenda. Allí estaban Ehrenbreitstein, Rolandseck y Coblenza, que sólo conocía por la historia. Sobre todo me interesaron las ruinas. Una música susurrante, como de cruzados partiendo a Tierra Santa, parecía elevarse de las aguas, y de las colinas y los valles cubiertos de viñedos. Flotaba bajo el hechizo de un conjuro, como si me hubieran transportado a una edad heroica y respirara una atmósfera caballeresca.

Poco después fui a ver un panorama del Mississippi, y mientras remontaba el río a la luz de hoy, y veía los vapores transportando madera, contaba las ciudades que surgían, observaba las ruinas recientes de Nauvoo, divisaba a los indios

vadeando la corriente hacia el oeste y, como había hecho ante el Mosela, contemplaba aguas arriba del Ohio y el Missouri, oyendo las leyendas de Dubuque y del Acantilado de Winona —pensando más en el futuro que en el pasado o el presente—, advertí que aquella era la misma corriente del Rin, aunque de otro tipo; que los cimientos de los castillos aún no habían sido puestos y que los famosos puentes aún no habían sido tendidos sobre el río; y comprendí que, aunque lo sepamos o no, esta era la auténtica edad heroica, porque el héroe suele ser el más sencillo y oscuro de los hombres.

El Oeste del que hablo no es sino otro nombre para lo salvaje; y a lo que quería llegar es a que la preservación del mundo se halla en la naturaleza salvaje. Cada árbol extiende sus fibras en busca de ella. Las ciudades la importan a cualquier precio. Los hombres aran y navegan gracias a ella. De los bosques y las selvas provienen los tónicos y las cortezas que vigorizan a la humanidad. Nuestros ancestros eran salvajes. La historia de Rómulo y Remo siendo amamantados por una loba no es una fábula sin sentido. Los fundadores de todos los Estados que se han elevado hasta la eminencia han obtenido su alimento y su vigor de una fuente salvaje similar. Porque no fueron amamantados por la loba, los hijos del Imperio acabaron conquistados y desplazados por los hijos de los bosques septentrionales, que sí lo habían sido.

Creo en el bosque, en la pradera y en la noche en que crece el maíz. Necesitamos una infusión de abeto oriental, de píceas o de *arbor vitae* [árbol de la vida] en nuestro té. Hay una diferencia entre comer y beber para fortalecerse y hacerlo por pura glotonería. Los hotentotes<sup>10</sup> devoran con avidez la médula cruda del kudú y de otros antílopes como algo natural. Algunos de nuestros indios del norte se comen la del reno ártico, al igual que otras partes, incluyendo las puntas de las astas, siempre y cuando estén tiernas. Y puede que en esto se hayan anticipado a los cocineros de París. Aprovechan lo que usualmente se usa para alimentar el fuego, lo cual probablemente sea mejor para un hombre que la carne de vaca estabulada y la de los cerdos de los mataderos. ¡Denme un salvajismo cuya visión no pueda soportar civilización alguna! Como si viviéramos de devorar el tuétano crudo de los kudús.

Hay ciertos claros rodeados por el gorjeo del zorzal a los que yo emigraría: tierras salvajes que ningún colono ha ocupado; para las que, creo yo, ya estoy aclimatado.

El cazador africano Cummings nos cuenta que la piel del eland, así como la de la mayoría de antílopes recién muertos, emana el más delicioso aroma a árboles y hierba. Desearía que todos los hombres fueran como un antílope salvaje, tan

10 Pequeño grupo étnico nómada del sudoeste de África, específicamente de Botsuana y Namibia.

integrados a la naturaleza que su propio cuerpo advirtiera dulcemente a nuestros sentidos de su presencia, y nos evocara aquellas partes de la naturaleza donde suele merodear. No siento ninguna propensión a ser satírico cuando el abrigo del trampero huele a rata almizclera; para mí se trata de un olor más dulce que el que usualmente emana de las prendas del mercader o del académico. Cuando entro en los guardarropas y toco sus abrigos, no me evocan las herbosas llanuras y las praderas floridas que han frecuentado, sino polvorientos establecimientos comerciales y bibliotecas.

Una piel curtida por el sol es algo más que respetable, y quizá el oliva sea un color más adecuado que el blanco para el hombre... ese habitante de los bosques. “¡El hombre pálido!” No me extraña que el africano le tuviera lástima. Darwin, el naturalista, dice: “Un hombre blanco bañándose al lado de un tahitiano es como una planta descolorida por el arte del jardinero, junto a otra sana, verde oscuro, que crece vigorosa al aire libre”.

Ben Jonson exclama:

¡Cuán cerca del bien está lo bello!<sup>11</sup>

11 Cita del poema “Love Freed from Ignorance and Folly”, del poeta y dramaturgo inglés Ben Jonson (1572-1637).

Yo añadiría:

¡Cuán cerca del bien está lo salvaje!

La vida concuerda con lo salvaje. Lo más vital es lo más agreste. Aún no sometido al hombre, su presencia lo refresca. Quien persista en seguir adelante y nunca descansa de sus labores, madure pronto y le haga infinitas exigencias a la vida siempre se hallará en un nuevo país, en una tierra virgen, rodeado de la materia prima de la vida, trepando por los troncos postrados de los árboles de bosques primitivos.

Para mí la esperanza y el futuro no se hallan en los jardines y los campos cultivados, ni en pueblos y ciudades, sino en los pantanales impenetrables y movedizos. Antes, cuando analizaba mi predilección por una granja que había pensado adquirir, con frecuencia descubría que solamente me hallaba atraído por unas cuantas varas cuadradas de ciénaga insondable: un desagüe natural en un rincón. Esa era la joya que me deslumbraba. Derivo un mayor sustento de los pantanos que rodean mi ciudad natal que de los jardines cultivados en su interior. A mis ojos no hay parterres más espléndidos que los densos lechos de andrómeda enana (*Cassandra calyculata*) que cubren esas frágiles zonas de la superficie de la tierra. La botánica no puede ir más allá de decirme los nombres de los

arbustos que crecen allí: arándano azul, andrómada paniculada, laurel de oveja, azalea y rododendro, todos erguidos sobre la trémula turba. A menudo pienso que me gustaría tener mi casa frente a aquella masa de arbustos de un rojo opaco, sin ningún macizo o arriate de flores, sin el abeto trasplantado ni el boj podado, incluso sin caminos de gravilla; tener una parcela fértil bajo mis ventanas, no sólo unas cuantas carretiladas de tierra traídas de otra parte para cubrir la arena que se extrajo al cavar el sótano. ¿Por qué no situar mi casa, mi morada, detrás de este terreno, en vez de tras esa exigua amalgama de curiosidades, esa pobre excusa de naturaleza y Arte a la que llamamos patio delantero? Es dispendioso limpiar y adecentar cuando el carpintero y el albañil se han ido, aunque se hace tanto para el transeúnte como para el morador de la casa. La cerca delantera más refinada nunca me ha parecido un objeto de estudio agradable; los ornamentos más elaborados, los remates de bellota, o de lo que sea, me cansan y me repugnan enseguida. ¡Lleven sus umbrales hasta el borde mismo del pantano! (aunque quizá no sea el lugar más conveniente para mantener seco el sótano), de modo que los ciudadanos no puedan acceder por ese lado. Los patios delanteros no están hechos para pasear, sino, como mucho, para atravesarlos, y siempre se puede entrar por la parte de atrás.

Sí, aunque me consideren perverso, si se me diera a elegir entre vivir en la vecindad del jardín más hermoso que el arte de los hombres jamás haya concebido, o de un lúgubre pantanal, sin duda optaría por el segundo. Ciudadanos, ¡cuán vanos han sido todos sus esfuerzos para mí!

Mi espíritu se eleva en proporción directa a la vastedad del paisaje. ¡Denme el océano, el desierto o las tierras salvajes! En el desierto, el aire puro y la soledad compensan la falta de humedad y fertilidad. El viajero Burton<sup>12</sup> dice de él: “Tu moral mejora; te vuelves franco y cordial, hospitalario y decidido... En el desierto los licores espirituosos sólo provocan repugnancia. Hay un goce intenso en la mera existencia animal”. Los que han pasado mucho tiempo viajando por las estepas de Tartaria dicen: “Al retornar a tierras civilizadas, la agitación, la perplejidad y el tumulto de la civilización nos agobiaban y sofocaban; el aire nos parecía insuficiente y nos sentíamos a punto de morir de asfixia a cada momento”. Cuando quiero solazarme voy en busca del bosque más oscuro; el más espeso, interminable y, para el ciudadano, “tétrico” de los pantanos. Entro en un humedal como en un lugar sagrado, un *sanctum sanctorum*. Allí está la fuerza, la médula de la naturaleza. La maleza cubre el mantillo virgen,

12 Sir Richard Francis Burton (1821-1890) fue un reconocido y controversial explorador, escritor, poeta, traductor, antropólogo y orientalista británico. Se hizo famoso por sus exploraciones en Asia y África, así como por su extraordinario conocimiento de lenguas y culturas.

y la tierra que es buena para los árboles también lo es para los hombres. La salud de un hombre requiere tantos acres de praderas a la vista como carretadas de estiércol su granja. Esa es la carne que lo nutre. Una ciudad se salva tanto por la honradez de sus hombres como por los bosques y los pantanos que la rodean. Un municipio donde un bosque primitivo ondea en lo alto mientras otro se descompone en el suelo no sólo es apto para cultivar papa y maíz, sino los poetas y filósofos de épocas venideras. En tales tierras crecieron Homero y Confucio y los demás, y de semejante naturaleza salvaje provino el Reformador que se alimentaba de langostas y miel silvestre<sup>13</sup>.

Conservar animales salvajes por lo general implica recrear un bosque para que ellos moren o al que puedan retirarse. Así pasa con el hombre. Hace cien años se vendía en nuestras calles la corteza que se extraía de nuestros propios bosques. A mi parecer, en el aspecto mismo de aquellos árboles primitivos y robustos había un principio curtidor que endurecía y consolidaba las fibras de los pensamientos de los hombres. ¡Ay! Cómo me estremece mi ciudad natal en estos tiempos, degenerados por comparación, cuando no es posible recoger una carga de corteza de buen grosor, y ya no producimos brea ni trementina.

13 Thoreau se refiere a Juan el Bautista, que según Mateo 3:4 "iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturón de cuero a la cintura y se alimentaba de langostas y miel silvestre".

La naciones civilizadas —Grecia, Roma, Inglaterra— derivaron su sustento de los bosques primitivos que antiguamente se descompusieron donde estas fueron erigidas. Y sobreviven mientras no se esquilme la tierra. ¡Ay, la cultura humana! Poco puede esperarse de una nación cuando agota el mantillo vegetal y se ve obligada a hacer abono con los restos de sus ancestros. Allí el poeta sólo se sustenta de la grasa que le sobra, y el filósofo, del tuétano de sus huesos.

Se dice que la labor del americano es “trabajar la tierra virgen”, y que “aquí la agricultura ya alcanza proporciones desconocidas en cualquier otro lugar”. Yo pienso que el granjero desplaza al indio precisamente porque este protege la pradera, y se hace así más fuerte y, en algunos aspectos, más natural. El otro día estuve midiendo para un hombre una sencilla línea recta de ciento treinta y dos varas, a través de un pantano en cuya entrada podrían escribirse las palabras que Dante leyó sobre la puerta de las regiones infernales: “Abandonen toda esperanza quienes entren aquí” —esto es: de jamás volver a salir—, y donde una vez de hecho vi a mi empleador nadar por su vida con el agua al cuello, pese a que todavía era invierno. El hombre poseía otro pantano similar que me fue imposible medir, porque estaba completamente sumergido, y sin embargo, con respecto a un tercero, que sólo pude medir a la distancia, me señaló, fiel a sus instintos, que no se desprendería de

él bajo ninguna circunstancia, debido al cieno que contenía. Y pretende rodearlo todo con una zanja en un periodo de cuarenta meses, y así poder redimirlo con la magia de su pala. Me refiero a él sólo como a un cierto tipo de hombre.

Las armas con que hemos logrado nuestras mayores victorias, y que deberían legarse de padre a hijo como reliquias familiares, no son la espada y la lanza, sino el machete, la guadaña, la pala y la azada de turba, herrumbrados con la sangre de muchos prados y renegridos por el polvo de muchos campos de dura batalla. Los vientos mismos aventaron el maizal del indio hacia la pradera, indicándole un camino que no tuvo la habilidad para seguir. No poseía mejor herramienta para atrincherarse en la tierra que una concha de almeja. Pero el granjero está armado con arado y pala.

En la literatura, sólo lo salvaje nos atrae. Lo aburrido no es sino otro nombre para lo dócil. Lo que nos deleita de *Hamlet* y la *Iliada*, y de todas las Escrituras y las mitologías, es el pensamiento libre, salvaje e incivilizado, que no se aprende en las escuelas. Así como el pato silvestre es más raudo y bello que el doméstico, también lo es el pensamiento salvaje, que vuela como un azulón sobre las ciénagas en medio de las gotas del rocío. Un libro verdaderamente bueno es algo tan natural, y tan inesperada e inexplicablemente bello y perfecto, como una flor silvestre descubierta en las praderas del oeste

o en las junglas orientales. El genio es una luz que hace visible la oscuridad, como el destello del relámpago, capaz de hacer añicos el templo mismo del conocimiento, no una vela encendida en el hogar de la raza que empalidece ante la luz de un día cualquiera.

La literatura inglesa, desde los días de los juglares hasta los poetas lakistas<sup>14</sup>, incluyendo a Chaucer, Spenser, Milton y el mismo Shakespeare, no respira un aire muy fresco y, en este sentido, salvaje. Es esencialmente una literatura domesticada y civilizada, reflejo de Grecia y Roma. Sus parajes agrestes son un bosque reverdecido; su hombre salvaje, un Robin Hood. Abunda un amor cordial por la naturaleza, pero no tanto la naturaleza misma. Sus crónicas nos informan cuándo se extinguieron sus animales silvestres, pero no el hombre salvaje que alguna vez la habitó.

La ciencia de Humboldt es una cosa; la poesía, otra. El poeta de hoy, pese a todos los descubrimientos de la ciencia y el conocimiento acumulado por la humanidad, no goza de ninguna ventaja sobre Homero.

¿Dónde está la literatura que da voz a la naturaleza? Sería obra de un poeta que pudiera poner los vientos y los arroyos

14 Los poetas lakistas fueron un pequeño grupo de poetas ingleses de comienzos del siglo XIX, conformado por William Wordsworth, Samuel Taylor Coleridge y Robert Southey. Entre 1798 y 1815 compusieron los primeros poemas de tendencia claramente romántica.

a su servicio, para que hablen por él; que clavara las palabras a sus sentidos primitivos, como los granjeros hincan en primavera las estacas que las heladas levantaron; que rastreará el origen de los términos tan a menudo como los usa, y los trasplantará al papel con la tierra adherida a sus raíces; cuyas palabras sean tan verdaderas, frescas y naturales que parecieran abrirse como capullos al acercarse la primavera, aunque se encuentren asfixiadas entre un par de hojas enmohecidas en una biblioteca... sí, para florecer allí y dar fruto anualmente, a sus semejantes, al lector fiel, en armonía con la naturaleza circundante.

No conozco ningún poema que exprese adecuadamente esta ansia por lo salvaje. Desde este punto de vista, hasta la mejor poesía resulta dócil. No sé en qué literatura, antigua o moderna, podría encontrar una relación sobre aquella naturaleza que, sin embargo, me resulta tan familiar. Notarán que exijo algo que ninguna época augusta ni isabelina — que ninguna cultura, en suma— puede ofrecer. La mitología es lo que más se le aproxima. ¡Cuánto más fértil resulta la naturaleza donde se arraiga la mitología griega que aquella donde lo hace la literatura inglesa! La mitología es la cosecha que produjo el Viejo Mundo antes de que sus suelos se agostaran, antes de que a la fantasía y la imaginación las marchitaran las plagas; y que aún da fruto, dondequiera que

su vigor prístino persista. Las demás literaturas perduran sólo como los olmos que dan sombra a nuestras casas; pero la mitología es como el gran drago de las islas Canarias, tan antiguo como la humanidad, y perdurará tanto como lo haga ella, puesto que la putrefacción de otras literaturas nutre la tierra en que esta prospera.

Occidente se está preparando para añadir sus fábulas a las de Oriente. Los valles del Ganges, el Nilo y el Rin ya dieron su cosecha; queda por ver lo que producirán los del Amazonas, La Plata, el Orinoco, el San Lorenzo y el Mississippi. Quizá en los siglos venideros, cuando la libertad americana se haya convertido en una ficción del pasado —como hasta cierto punto ya es una ficción del presente—, los poetas del mundo se inspiren en la mitología americana.

Incluso los sueños más insólitos de los hombres salvajes constituyen una verdad, pese a que no correspondan con el sentido que hoy resulta más común entre los ingleses y los americanos. No todas las verdades corresponden con el sentido común. La naturaleza tiene un lugar tanto para la clemátide silvestre como para el repollo. Algunas expresiones de la verdad son reminiscentes; otras, meramente sensatas, como suele decirse; otras, proféticas. Ciertas formas de enfermedad inclusive pueden profetizar formas de salud. El geólogo ha descubierto que los prototipos de las figuras de serpientes,

grifos, dragones voladores y otros adornos fantásticos de la heráldica se hallan en las formas fósiles de especies que se extinguieron antes de la creación del hombre y que, por tanto, “indican un conocimiento vago y turbio de un estado previo de la existencia orgánica”. Los hindúes soñaron que la tierra reposaba sobre un elefante, el elefante sobre una tortuga y la tortuga sobre una serpiente; y aunque pueda ser una coincidencia sin importancia, no estaría fuera de lugar señalar aquí que recientemente en Asia fue descubierto el fósil de una tortuga lo bastante grande como para sostener a un elefante. Confieso que soy aficionado a estas fantasías extravagantes, que trascienden el orden del tiempo y la evolución. Son el regocijo más sublime del intelecto. La perdiz adora las arvejas, pero no las que la acompañan en la olla.

En pocas palabras, todas las cosas buenas son salvajes y libres. Hay algo en una melodía musical, ya sea producida por un instrumento o por la voz humana —en el sonido de una corneta una noche de verano, por ejemplo—, que por su salvajismo, y lo digo sin ironía, me recuerda a los bramidos que profieren las fieras en el bosque. Hay tanto de su naturalidad que alcanzo a comprender. ¡Denme hombres salvajes como amigos y vecinos, no hombres sumisos! La fiera del salvaje no es más que un reflejo desvaído de la tremenda ferocidad con que los hombres de bien y los amantes se relacionan.

Incluso me encanta ver a los animales domésticos reafirmar sus derechos innatos; cualquier evidencia de que no han perdido del todo sus hábitos salvajes originarios ni su vigor; como cuando la vaca de mi vecino se fuga de su pastizal a principios de primavera y nada osadamente a través del río, una corriente fría y gris de unas veinticinco o treinta varas de ancho, caudalosa por el deshielo. Es el búfalo cruzando el Mississippi. A mis ojos, esta hazaña le confiere cierta dignidad al rebaño... ya digno de por sí. Las semillas del instinto se preservan bajo los gruesos pellejos del ganado y los caballos, como la simiente en las entrañas de la tierra, durante un periodo indefinido.

Toda jovialidad en el ganado es inesperada. Un día vi a una docena de terneros y vacas correteando y retozando fuera de control, como ratas enormes, como gatitos. Agitaban las cabezas, levantan los rabos y corrían de arriba abajo por una colina, y tanto por sus cuernos como por su actividad, me percaté de su relación con la familia de los ciervos. Pero ¡ay! un fuerte y repentino “¡so!” habría aplacado su ardor al instante, los habría reducido de carne de venado a carne de res y entumecido sus flancos y sus tendones como el paso de una locomotora. ¡Quién sino el maligno ha gritado “¡so!” a la humanidad! Ciertamente, la vida del ganado, como la de muchos hombres, se reduce a una suerte de locomoción;

mueven un flanco a la vez, y el hombre, con su maquinaria, ha emancipado parcialmente al caballo y el buey. Cualquiera parte que haya tocado el látigo queda a partir de entonces paralizada. ¿A quién se le ocurriría referirse al flanco de cualquier miembro de la flexible tribu de los gatos como nos referimos al flanco de una vaca?

Me alegra que los potros y los cabestros tengan que desbravarse antes de poder ser convertidos en esclavos del hombre, y que los hombres mismos todavía tengan que pasar por una fase salvaje antes de convertirse en miembros sumisos de la sociedad. Indudablemente, no todos los hombres son sujetos igualmente aptos para la civilización; y el hecho de que la mayoría, como los perros y las ovejas, sean dóciles por disposición hereditaria, no es razón para domar la naturaleza de los otros y reducirlos al mismo nivel. Los hombres en general son similares, pero fueron creados en cantidad para que fuesen diversos. Si ha de cumplir una función vulgar, cualquier hombre servirá igual que otro; para una superior, la excelencia individual ha de ser considerada. Cualquier hombre puede tapar un hueco para impedir que entre el viento, pero no cualquiera puede cumplir una función tan excepcional como la del autor de este ejemplo. Confucio dice: “Cuando se curten, las pieles del tigre y del leopardo son como las del perro y la oveja”. Pero no es la función de una cultura auténtica domar al tigre ni convertir

a las ovejas en criaturas feroces; y curtir sus pieles para hacer zapatos no es el mejor uso que puede dárseles.

Al oír una lista de nombres propios en una lengua extranjera, ya sea de oficiales militares o de autores que hayan escrito sobre un tema en particular, me recuerdo una vez más que no hay nada en un nombre. El nombre Menschikoff, por ejemplo, no tiene nada más humano a mis oídos que un bigote, y podría ser el nombre de una rata. Lo que son los nombres de los polacos y de los rusos para nosotros, son los nuestros para ellos. Es como si hubieran sido nombrados a partir de una rima infantil: *Iery fiery ichery van, tittle-tol-tan*. En mi mente veo un rebaño de criaturas salvajes desbandándose sobre la tierra, y a cada una de las cuales el pastor le ha adjudicado un sonido bárbaro en su propio dialecto. Los nombres de los hombres son, por supuesto, tan banales y desprovistos de significado como Bose y Tray, o cualquier otro nombre de perro.

Pienso que sería una ventaja para la filosofía que a los hombres se les nombrara en conjunto, como se les conoce. Sólo sería necesario saber el género, y quizá la raza o la variedad, para conocer a un individuo. No estamos preparados para pensar que cada soldado raso del ejército romano tuviera un nombre propio, porque no hemos considerado que también lo fuera su carácter.

Hasta hoy, nuestros únicos nombres auténticos son los apodos. Conocí a un chico al que, por su fuerza inusitada, sus

compañeros de juego apodaron “Demoledor”, y este mote terminó por suplantar su nombre cristiano. Algunos viajeros nos cuentan que un indio no recibía un nombre al principio, sino que se lo ganaba, y que su nombre era su fama; y que en algunas tribus adquiría un nuevo nombre con cada nueva hazaña. Resulta patético que una persona lleve un nombre sólo por conveniencia, sin haberse ganado ni su nombre ni su fama.

No voy a permitir que meros nombres me impongan distinciones; seguiré viendo a todos los hombres en rebaños a pesar de ellos. Un nombre familiar no puede hacer que una persona me resulte menos extraña. Puede que se le haya otorgado a un salvaje que mantiene en secreto el título silvestre que se ha ganado por sí mismo en los bosques. Hay un salvaje indómito dentro de nosotros y quizá un nombre salvaje esté registrado en alguna parte como nuestro. He visto que mi vecino, que lleva el apelativo familiar de William o Edwin, se lo quita junto con su chaqueta. No se le queda adherido cuando duerme ni cuando está airado, ni cuando lo arrebatara cualquier pasión o inspiración. En aquellas ocasiones me parece oír que algunos de sus allegados pronuncian su nombre salvaje originario en una lengua enrevesada o melodiosa.

He aquí esta inmensa, salvaje y aulladora madre nuestra, la naturaleza, extendida a nuestro alrededor con tanta belleza y tanto afecto por sus hijos como el leopardo; y sin

embargo, qué pronto se nos aparta de su pecho para entregarnos a la sociedad, a esa cultura que es exclusivamente una interacción del hombre con el hombre, una especie de apareamiento endogámico que, como mucho, produce una nobleza meramente inglesa, una civilización destinada a un fin precipitado.

En la sociedad, en las mejores instituciones de los hombres, es fácil detectar una cierta precocidad. Cuando aún deberíamos ser niños en crecimiento, ya somos pequeños hombres. ¡Denme una cultura que traiga bastante estiércol de las praderas y nutra la tierra, no una que confíe únicamente en abonos artificiales y en perfeccionar las herramientas y los métodos de cultivo!

Más de un estudiante pobre y de vista cansada que he conocido crecería más rápido, tanto intelectual como físicamente, si en vez de estar despierto hasta tan tarde se permitiera de manera honrada las ocho horas de sueño de los tontos<sup>15</sup>.

Puede haber incluso un exceso de luz formativa. Niépce<sup>16</sup>, un francés, descubrió el “actinismo”, esa energía de los rayos solares que produce un efecto químico; que actúa sobre las

15 Alusión a un viejo refrán sobre las horas de sueño diario: “Seis para los hombres, siete para las mujeres y ocho para los tontos”.

16 Joseph Nicéphore Niépce (1765-1833) fue un químico, litógrafo y científico francés, reconocido como el inventor de la heliografía, el primer proceso fotográfico exitoso.

rocas de granito, las estructuras pétreas y las estatuas de metal “de manera tan destructiva durante las horas de sol que, si no fuera por ciertas disposiciones de la naturaleza no menos maravillosas, estas perecerían bajo el delicado toque del más sutil de los agentes del universo”. Pero observó también que “los cuerpos que padecieron este cambio durante el día tenían el poder de restaurarse a su condición original durante las horas nocturnas, cuando ya no estuvieran bajo el influjo de esta excitación”. Por tanto, se ha inferido que “las horas de oscuridad son tan necesarias para el universo inorgánico como la oscuridad y el sueño para el reino orgánico”. Ni siquiera la luna alumbraba todas las noches, sino que cede su lugar a la oscuridad.

No quisiera que todos los hombres ni todos los aspectos del hombre estuvieran cultivados, como tampoco me gustaría que lo estuviera cada acre de la tierra: destinaría una parte a la labranza, pero la mayor parte sería pradera y bosque, no sólo por su utilidad inmediata, sino para preparar un manto contra un futuro lejano mediante la descomposición anual de la vegetación que se preserva.

Un niño puede aprender otras letras además de las que inventó Cadmo<sup>17</sup>. Los españoles tienen una buena expresión

17 Cadmo es uno de los primeros héroes de la épica griega y, según la mitología, el fundador de la ciudad de Tebas. Se le atribuye la introducción del alfabeto en Grecia, al igual que la del arado, la fundición de metales y la agricultura.

para referirse a esta sabiduría salvaje y oscura: “gramática parda”, una forma de sentido común derivada del mismo leopardo al que ya me he referido.

Hemos oído hablar de una Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil. Se dice que el conocimiento es poder y cosas por el estilo. Yo pienso que resulta igual de necesaria una Sociedad para la Difusión de la Ignorancia Útil, lo que llamaremos Bella Sabiduría: un conocimiento útil en un sentido más elevado. Pues, ¿qué es la mayor parte del dichoso conocimiento del que tanto alardeamos sino la presunción de que sabemos algo, lo cual, además, nos priva de la ventaja de nuestra verdadera ignorancia? Lo que llamamos conocimiento suele ser nuestra ignorancia positiva; la ignorancia, conocimiento negativo. Mediante largos años de pacientes esfuerzos y la lectura de periódicos —pues qué son las bibliotecas científicas sino archivos de prensa— un hombre acumula una miríada de hechos que almacena en su memoria, y luego, cuando en alguna primavera de su vida deambula al exterior, a las Grandes Praderas de la sabiduría, por así decirlo, sale a pastar como un caballo y deja todo su rendaje en el establo. A veces le diría a la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil: “Vayan a pastar. Ya han comido paja demasiado tiempo. La primavera está aquí con su verde cosecha”. Las vacas mismas son llevadas a pastar en los prados

antes del final de mayo; aunque he oído hablar de un granjero desalmado que mantenía a su vaca estabulada y la alimentaba con heno todo el año. Así trata con frecuencia la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil a su ganado.

A veces, la ignorancia de un hombre no sólo es útil, sino bella; mientras que su supuesto conocimiento a menudo resulta peor que inútil, además de desagradable. ¿Con qué hombre es mejor tratar? ¿Con aquel que no sabe nada sobre un asunto y, lo que es sumamente raro, sabe que no sabe nada, o con aquel que realmente sabe algo al respecto pero cree que lo sabe todo?

Mi deseo de conocimiento es intermitente, pero mi deseo de bañar mi mente en atmósferas ignoradas por mis pies es perenne y constante. Lo más alto a lo que podemos aspirar no es al Conocimiento, sino a la Simpatía con Inteligencia. No me consta que este pensamiento más elevado se remonte a nada más definitivo que a una nueva y enorme sorpresa ante la súbita revelación de la insuficiencia de todo lo que hasta entonces hemos llamado Conocimiento: el descubrimiento de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía. Es la iluminación de la niebla por el sol. El hombre no puede saber nada en un sentido más elevado que este, al igual que no puede mirar serena e impunemente la cara del sol: “No podrás percibirlo como si percibieras

una cosa en particular” (Ὡς τὶ νοῶν, οὐ κείνον νοήσεις), dicen los oráculos caldeos.

Hay algo servil en la costumbre de buscar una ley a la que obedecer. Podemos estudiar las leyes de la materia según y para nuestra conveniencia, pero una vida plena no conoce ninguna ley. Ciertamente es un descubrimiento desafortunado el de una ley que nos ata a lo que antes no nos sabíamos atados. Vive libre, hijo de la niebla, pues respecto al conocimiento todos somos hijos de ella. El hombre que se permite la libertad de vivir es superior a todas las leyes, en virtud de su relación con el legislador. “Es deber activo”, dice el *Visnú-purana*<sup>18</sup>, “aquello que no es para nuestra esclavitud; es conocimiento, aquello que es para nuestra liberación: todo otro deber sólo es bueno para el cansancio; todo otro conocimiento no es más que el ingenio de un artista”.

Es sorprendente cuán pocos eventos o crisis hay en nuestras historias, cuán poco hemos ejercitado nuestras mentes, cuán pocas experiencias hemos tenido. Me gustaría estar seguro de que crezco deprisa y con exuberancia, aunque mi propio crecimiento perturbe esta aburrida ecuanimidad, aunque sea luchando a través de largas, oscuras y bochornosas noches o temporadas de

18 Los Puranas son una serie de textos canónicos hinduistas sobre historia, mitos, genealogías, tradiciones, leyendas y conocimientos religiosos. Considerado uno de los más esenciales, el Visnú-purana ha sido denominado “joya de los Puranas”.

melancolía. Sería bueno si todas nuestras vidas fueran una divina tragedia, en vez de estas comedias o farsas triviales. Dante, Bunyan<sup>19</sup> y otros parecen haber ejercitado sus mentes más que nosotros: pertenecían a un tipo de cultura que nuestras escuelas y universidades no contemplan. Incluso Mahoma tenía mucho más por qué vivir, sí, y por qué morir, que lo que por general tienen quienes profieren gritos al oír su nombre.

En aquellas raras ocasiones en que algún pensamiento nos visita, quizá al caminar por las vías del tren, puede que los vagones pasen sin que los oigamos siquiera. Pero enseguida, por alguna ley inexorable, nuestra vida nos rebasa y los vagones retornan.

Gentil brisa, que invisible vagas,  
y doblas los cardos a orillas del Loira tormentoso,  
viajera de los valles ventosos,  
¿por qué abandonaste mi oído tan pronto?<sup>20</sup>

19 John Bunyan (1628-1688) fue un escritor y predicador puritano inglés, autor de la novela alegórica *El progreso del peregrino*, considerada una de las obras de ficción teológica más importantes de la lengua inglesa.

20 Versos de "Ca-Lodin", uno de los llamados "Poemas de Ossian", un ciclo de poemas épicos que el poeta escocés James Macpherson (1736-1796) aseguraba haber traducido de unos manuscritos antiguos en gaélico escocés y cuya publicación tuvo una gran influencia en el movimiento romántico. No obstante, tras una gran polémica política y literaria, su autoría finalmente le fue atribuida a él mismo.

Mientras que la mayoría de los hombres se siente atraída por la sociedad, unos pocos sienten una fuerte atracción por la naturaleza. De hecho, en su relación con esta, la mayoría de hombres me parece, a pesar de sus artes, inferior a los animales. No suele ser una bella relación, sobre todo con respecto a estos últimos. ¡Qué poco aprecio de la belleza del paisaje se da entre nosotros! Nos han dicho que los griegos llamaban al mundo Κόσμος [Cosmos], Belleza u Orden, pero no entendemos realmente por qué lo hacían; como mucho, lo consideramos una curiosidad filológica.

Por mi parte, siento que, con respecto a la naturaleza, llevo una suerte de vida marginal, en los confines de un mundo al que sólo hago incursiones ocasionales y fugaces, y mi patriotismo y mi lealtad al Estado en cuyos territorios parezco replegarme son los de un bandolero fronterizo. Para alcanzar una vida que yo llamo natural, seguiría gustosamente hasta a un fuego fatuo a través de ciénagas y lodazales inimaginables, pero ni luna ni luciérnaga alguna me han mostrado el paso hacia ella. La naturaleza tiene una personalidad tan vasta y universal que nunca conoceremos todos sus rasgos. Quien camina por esos campos tan familiares que se extienden alrededor de mi ciudad natal a veces se descubre a sí mismo en un territorio distinto al que describen las escrituras de propiedad, como si se hallara en una pradera lejana en los confines de Concord,

donde termina su jurisdicción, y la idea que evoca la palabra *concord* [concordia] deja de ser sugerida. Esas granjas que yo mismo he medido, esos mojonos que yo he levantado, se divisan vagamente inmóviles, como a través de una neblina, pero no hay química que los fije; se desvanecen de la superficie del cristal, y el paisaje que pintó el artista se distingue tenuemente por debajo. El mundo con el que estamos comúnmente familiarizados no deja rastro, y no tendrá aniversario.

La otra tarde, di un paseo por la granja Spaulding. Vi el sol poniente iluminar el lado opuesto de un pinar majestuoso. Sus rayos dorados se dispersaban por los pasillos del bosque como por una mansión señorial. Tuve la impresión de que una familia antigua, admirable e ilustre, cuyo sirviente era el sol, se hubiese establecido sin que yo lo supiera en esta parte de la tierra llamada Concord; una familia que no se había presentado en sociedad y a la que nadie visitaba. Admiré su parque, su jardín de recreo, más allá del bosque, en el prado de arándanos de Spaulding. Los pinos les proveían un tejado a medida que crecían. La casa no se veía a simple vista; los árboles crecían a través de ella. Dudo si escuché o no los sonidos de una hilaridad contenida. Parecían reclinarse sobre los rayos del sol. Tienen hijos e hijas. Y están perfectamente bien. El camino trillado por la carreta del granjero, que atraviesa su sala por el medio, como el fondo cenagoso

de un charco se vislumbra a veces a través de los cielos reflejados, no los incomoda en absoluto. Jamás han oído de Spaulding y no saben que es su vecino... aunque le oí silbar mientras conducía su yunta a través de la casa. Nada puede igualarse a la serenidad de sus vidas. Su blasón es un simple liquen. Lo vi pintado en los pinos y en los robles. Sus áticos estaban en las copas de los árboles. No conocen la política. No había ruidos de trabajo. No me percaté de que tejieran ni hilasen. Pero lo que sí detecté, cuando el viento amainaba y podía oírse a lo lejos, fue el murmullo musical más dulce y delicado que pueda imaginarse —como el de una colmena distante en mayo—, que tal vez fuera el sonido de su pensamiento. No tenían ideas ociosas y nadie de fuera podía ver su obra, pues no revestían su laboriosidad con adornos superfluos.

Pero me resulta difícil recordarlos. Se desvanecen irremediablemente de mi mente, incluso ahora mientras escribo y me empeño en evocarlos a ellos y a mí mismo. Es sólo tras un esfuerzo serio y prolongado por recordar mis mejores pensamientos que vuelvo a ser consciente de su presencia. Si no fuera por familias como esta, creo que me marcharía de Concord.

En Nueva Inglaterra se acostumbra decir que cada año nos visitan menos palomas. Nuestros bosques no les procuran frutos ni nueces. De igual manera, pareciera que, año tras

año, menos pensamientos visitan a los hombres a medida que crecen, pues la arboleda de nuestras mentes ha sido devastada —vendida para alimentar fuegos de ambición innecesarios o enviada al aserradero— y escasamente queda una ramita para que se posen. Ya no anidan ni crían entre nosotros. Quizá en una estación más próspera, una sombra tenue revoloteé a través del paisaje de nuestra mente, proyectada por las alas de algún pensamiento en su migración vernal u otoñal, pero al levantar la vista, seamos incapaces de captar la sustancia del pensamiento mismo. Nuestros pensamientos alados se han convertido en aves de corral. Ya no remontan vuelo y sólo alcanzan la grandeza de los pollos de Shanghai y la Conchinchina. ¡Aquellas *graaaandes* ideas, aquellos *graaaandes* hombres de los que se oye hablar!

Nos aferramos a la tierra, ¡casi nunca alzamos vuelo! Creo que podríamos ascender un poco más. Podríamos trepar a un árbol por lo menos. Una vez saqué buen provecho de treparme a uno. Era un alto pino blanco en la cima de una cerro; y aunque me llené de resina, resultó ser un buen barniz, pues descubrí nuevas montañas en el horizonte que jamás había visto, ¡tierras y cielos nuevos! Con certeza, podría haber pasado al pie del árbol durante setenta años sin haberlos visto nunca. Pero sobre todo descubrí a mi alrededor —era a finales de junio—, en las puntas de las ramas superiores, unos

diminutos y delicados brotes rojos de forma cónica, la fértil flor del pino blanco que mira al firmamento. Llevé enseguida el brote apical a la ciudad y se lo enseñé a unos forasteros —miembros de un jurado, pues era semana de juicios— que paseaban por las calles; y a campesinos, comerciantes de madera, leñadores y cazadores. Ninguno había visto nunca algo semejante y se maravillaron como ante una estrella caída del cielo. ¡Y dicen que los arquitectos antiguos remataban los capiteles de las columnas con tanta perfección como la que empleaban en las partes más bajas y visibles! Desde el principio, la naturaleza ha extendido las diminutas flores del bosque sólo hacia los cielos, por encima de la cabeza y la percepción de los hombres. Solamente vemos las flores que están en los prados a nuestros pies. Hace una eternidad que los pinos desarrollan sus delicadas inflorescencias en las ramas más altas del bosque cada verano, tanto sobre los hijos blancos como los hijos rojos de la naturaleza; y sin embargo, escasamente un granjero o un cazador sobre la tierra las ha visto.

Sobre todas las cosas no podemos permitirnos no vivir en el presente. Bendito entre todos los mortales quien no pierde ni un instante de la vida que pasa en recordar el pasado. Nuestra filosofía está desfasada a menos que oiga cacarear al gallo en todos los corrales de nuestro horizonte. Un sonido que suele recordarnos que nuestras ocupaciones y nuestros

hábitos de pensamiento se están tornando anticuados y herumbrosos. Su filosofía yace en un tiempo más reciente que el nuestro. Hay algo en él que sugiere un testamento más nuevo: el evangelio según este momento. No se ha quedado atrás; se ha levantado temprano y mantenido su ventaja, y estar donde está él es estar en el momento oportuno, en la primera fila del tiempo. Es una expresión de la lozanía y la sensatez de la naturaleza, un alarde para el mundo entero; salud como la de un manantial que brota a raudales, una nueva fuente de las Musas para celebrar este último instante del tiempo. Donde habita él no se aprueban leyes contra esclavos fugitivos<sup>21</sup>. ¿Quién no ha traicionado mil veces a su amo desde la última vez que oyó ese canto?

El mérito de la tonada de esta ave consiste en estar libre de toda melancolía. Un cantante puede hacernos llorar o reír con facilidad, ¿pero dónde está quien pueda despertar en nosotros el puro goce matinal? Cuando, en lúgubre depresión, al romper la espantosa quietud de nuestras aceras de tablonés un domingo, o, quizá, al encontrarme velando en una casa de luto, oigo el canto de un gallo, a lo lejos o cerca, pienso para

21 Thoreau fue un acérrimo abolicionista e incluso llegó a participar activamente en el llamado "Ferrocarril Subterráneo", una red clandestina que ayudaba a los esclavos que huían de las plantaciones del Sur a llegar a los estados libres y a Canadá. Naturalmente, se opuso a la infame Ley de Esclavos Fugitivos de 1850, la cual aumentaba las penas contra los esclavos que escapaban de sus dueños y las personas que trataban de ayudarlos.

mis adentros: “Al menos uno de nosotros está bien”, y una súbita efusión me hace volver en mí.

Un día del pasado mes de noviembre tuvimos un atardecer inolvidable. Caminábamos por una pradera donde nace un arroyo, cuando el sol, justo antes de ponerse después de un día frío y gris, alcanzó un estrato despejado en el horizonte y la luz matinal más suave y brillante se derramó sobre la hierba seca, los troncos de los árboles en el lado opuesto y el follaje de unos robles jóvenes en la ladera de una colina, mientras nuestras sombras se alargaban hacia el este sobre el prado, como si fuéramos las únicas motas de polvo entre sus rayos. Era una luz que habríamos sido incapaces de imaginar un instante antes, y el aire era tan cálido y sereno que nada hacía falta para que aquella pradera fuera el paraíso. Cuando concluimos que aquel no era un fenómeno aislado que no volvería a ocurrir, sino que seguiría ocurriendo eternamente, durante un número infinito de tardes, alegrando y alentando a la última criatura que caminara por allí, fue más glorioso aún.

El sol se ponía en aquella pradera distante, sin ninguna casa a la vista, con toda la gloria y esplendor que les prodiga a las ciudades, y quizá como nunca lo había hecho antes; donde no había más que un solitario gavilán de ciénaga con las alas doradas por sus rayos y acaso alguna rata almizclera

asomada desde su madriguera; allí, donde un arroyuelo jaspeado de negro había comenzado a reptar por un pantano, serpenteando lentamente alrededor de un tocón putrefacto. Caminábamos bajo una luz tan pura y radiante, que doraba la hierba y las hojas marchitas con un resplandor tan suave y sereno, que pensé que nunca me había bañado en semejante caudal de oro, sin una onda ni un murmullo que lo perturbara. El lado occidental de todos los bosques y colinas resplandecía como los contornos del Elíseo<sup>22</sup>, y el sol a nuestras espaldas parecía un noble pastor que nos guiaba a casa al atardecer.

Así deambulamos hacia Tierra Santa, hasta el día en que el sol brille con más fuerza que nunca, y quizá ilumine nuestras mentes y nuestros corazones, y alumbre nuestra vida entera con una grandiosa luz de despertar, tan cálida, serena y dorada como una ribera en otoño.

22 En la mitología griega, el Elíseo, o Campos Elíseos, se refiere al paraíso, ubicado en los confines del Hades y reservado para las almas de los nobles y los justos.



UNA VIDA

SIN

PRINCIPIOS



NO HACE MUCHO, EN UN LICEO, TUVE LA SENSACIÓN de que el conferenciante había elegido un tema que le era demasiado ajeno, de modo que no logró interesarme tanto como podría haberlo hecho. Las cosas que describía no eran ni remotamente cercanas a su corazón, sino a sus miembros externos. En este sentido, no había un pensamiento realmente central o centralizador en su ponencia. Mejor habría sido que abordara su experiencia más íntima, como hace el poeta. El mayor cumplido que jamás me han hecho es preguntarme qué opino y después prestarle atención a mi respuesta. Me sorprende y me deleita cuando esto sucede, pues así de extraño me resulta que alguien haga este uso de mí, como si estuviera familiarizado con la herramienta. Usualmente, si los hombres quieren algo de mí, es sólo saber cuántos acres

calculo que tiene su tierra —puesto que soy agrimensor<sup>1</sup>— o, como mucho, qué noticias triviales me agobian. Nunca se meterían en pleitos por mi carne; prefieren la concha. Una vez, un hombre vino desde bastante lejos para pedirme que diera una conferencia sobre la esclavitud, pero, al conversar con él, descubrí que él y su camarilla esperaban que siete octavos de la ponencia fueran suyos y que sólo un octavo fuera mío, así que decliné la oferta. Cuando me invitan a conferenciar en cualquier parte —pues tengo algo de experiencia en este asunto—, doy por sentado que se desea oír lo que yo pienso sobre algún tema —aun cuando pueda ser el mayor de los tontos del país— y no que deba decir cosas meramente placenteras o con las que la audiencia concuerde; y decido, en consecuencia, darles una buena dosis de mí mismo. Han venido a buscarme, se han comprometido a pagarme y estoy dispuesto a entregarme a ellos, aunque los mate de aburrimiento.

Así que ahora les diré algo parecido a ustedes, queridos lectores. Dado que ustedes son mis lectores y yo no he sido un gran viajero, no hablaré de gente que está a miles de millas de distancia, sino que permaneceré tan cerca a casa como me

1 En 1840, Thoreau adquirió un equipo básico de agrimensura con el objetivo de darle un sentido más práctico a las clases de matemáticas en la pequeña escuela que él y su hermano John regentaban. Esto condujo a toda una vida laboral como agrimensor, una de sus principales fuentes de ingresos.

sea posible. Como el tiempo es corto, dejaré de lado todos los halagos y me ceñiré a las críticas.

Consideremos el modo en que pasamos nuestras vidas.

Este mundo es un lugar de negocios. ¡Qué incesante ajetreol! Casi todas las noches me despierta el jadeo de la locomotora. Interrumpe mis sueños. No hay descanso. Sería glorioso ver a la humanidad ociosa por una vez. Todo es trabajar, trabajar, trabajar. No me resulta fácil comprar un cuaderno en blanco para escribir mis pensamientos; por lo general vienen rayados para los dólares y los céntimos. Al verme tomando apuntes en el campo, un irlandés pensó que estaba calculando mis jornales. Si un hombre fue arrojado por una ventana cuando era niño y quedó lisiado de por vida, o si los indios le dieron un susto de muerte, lo que más se lamenta es que esto lo haya incapacitado para... ¡trabajar! Creo que no hay nada, ni siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, a la filosofía y a la vida misma que este incesante ajetreol.

Hay un tipo avaro, rudo y bullicioso a las afueras de nuestra ciudad que va a construir un muro de contención al pie del cerro que colinda con sus predios. Las autoridades le han metido esta idea en la cabeza para que se evite problemas y quiere que yo pase tres semanas cavando allí con él. Como resultado, él probablemente amase algo más de dinero y se lo deje a sus herederos para que lo dilapiden. Si lo hago, la

mayoría me elogiará por ser un hombre diligente y trabajador; pero si elijo dedicarme a ciertas labores que me reportan un beneficio más real, aunque poco dinero, probablemente tiendan a verme como un holgazán. Sin embargo, como no necesito que la policía del trabajo inútil me controle, y no veo absolutamente nada más loable en el proyecto de este sujeto que en muchas de las empresas de nuestro propio Gobierno o de Gobiernos extranjeros, por más ridículo que les resulte a él o a ellos, prefiero terminar mi educación en otra escuela.

Si un hombre camina por los bosques la mitad del día por amor a ellos, corre el riesgo de ser considerado un vagabundo; pero si invierte todo su día en especular, talar aquellos mismos bosques y esquilmar la tierra antes de tiempo, lo tendrán por un ciudadano laborioso y emprendedor. ¡Como si una ciudad no tuviera ningún interés en sus bosques aparte de talarlos!

La mayoría de los hombres se sentirían ofendidos si se les empleara en lanzar piedras por encima de un muro y después volverlas a lanzar al otro lado con el único fin de ganarse un sueldo, pero muchos no tienen un trabajo más digno. Por ejemplo: justo después del amanecer, una mañana de verano, divisé a uno de mis vecinos caminando junto a su yunta, que acarreaba lentamente una pesada piedra labrada colgando del eje. Parecía envuelto en una atmósfera de laboriosidad: su jornada había comenzado, le sudaba el

ceño —un reproche para todos los holgazanes y ociosos—, se detenía a la altura del pecho de los bueyes y daba media vuelta para ostentar su látigo misericordioso, mientras los animales avanzaban hacia él. Y pensé: “Este es el trabajo que el Congreso americano debe proteger; el trabajo honrado, duro y viril —honrado como el tiempo que nos confiere el día, que hace al pan dulce y a la sociedad, gratificante—, algo que todos los hombres respetan y veneran: un miembro del Batallón Sagrado bregando de manera ardua pero necesaria”. En efecto, sentí un ligero remordimiento, pues observaba todo esto desde una ventana y no estaba fuera atareado en una empresa similar. En la tarde de ese mismo día, pasé ante el patio de otro vecino que tiene muchos sirvientes y despilfarra mucho dinero, sin aportar nada al bien común, y allí reconocí la piedra de aquella mañana, tumbada junto a una caprichosa estructura que pretendía adornar la propiedad de este tal “lord” Timothy Dexter, y, en el acto, la dignidad del trabajo del arriero se desvaneció antes mis ojos. En mi opinión, el sol fue creado para iluminar un trabajo más digno que ese. Debo añadir que, al cabo de un tiempo, su empleador huyó de la ciudad, endeudado con una buena parte de sus vecinos, y, tras pasar por los tribunales, se ha establecido en otro lugar para convertirse de nuevo en mecenas de las artes.

Los modos por los que podemos conseguir dinero nos degradan casi sin excepción. Hacer cualquier cosa por el mero hecho de ganar dinero es ser un auténtico vago o algo peor. Si el trabajador no obtiene nada aparte del salario que le paga su empleador, lo engañan y se engaña a sí mismo. Para ganar dinero como escritor o conferenciante debes ser popular, lo cual implica un descenso perpendicular. Aquellos servicios por los que la comunidad está más dispuesta a pagar son los más desagradables de prestar. Te pagan por ser algo inferior a un hombre. El Estado no suele recompensar a un genio con mayor sensatez. Incluso el poeta laureado preferiría no tener que celebrar los acontecimientos de la realeza. Hay que sobornarlo con un tonel de vino, y quizá otro poeta sea apartado de su musa para aforar el tonel mismo. En cuanto a mi propio negocio, el tipo de agrimensura que yo haría con la mayor satisfacción no interesa a quienes me contratan. Prefieren que haga un trabajo tosco y regular, no del todo preciso. Cuando observo que hay diferentes maneras de medir, mi empleador usualmente me pregunta cuál le proporcionará más terreno, no cuál es más exacta. Una vez inventé un método para medir cargas de leña y traté de introducirlo en Boston, pero el tasador de allí me dijo que los proveedores no querían que su leña se midiera correctamente, que él era ya demasiado justo para ellos y, por

lo tanto, siempre medían su leña en Charlestown antes de cruzar el puente.

El objetivo del trabajador no debería ser ganarse la vida ni conseguir “un buen empleo”, sino desempeñarse bien en alguna labor; y hasta en un sentido pecuniario, sería rentable para una ciudad pagarles tan bien a sus trabajadores que estos no sientan que trabajan por minucias, como la mera subsistencia, sino con fines científicos o incluso morales. No contrates a un hombre que trabaje por dinero, sino a quien lo haga por amor.

Es sorprendente que haya pocos hombres tan bien empleados, tan satisfechos, que un poco de dinero o de fama no los aparte de su ocupación actual. Veo anuncios dirigidos a jóvenes activos, como si la actividad fuera todo el capital de un joven. No obstante, me sorprende cuando alguno de ellos tiene la confianza de proponerme a mí, un hombre adulto, que me embarque en una de sus empresas, como si no tuviera absolutamente nada que hacer y mi vida hasta entonces hubiera sido un completo fracaso. ¡Qué dudoso cumplimiento me hace! ¡Como si me hubiera encontrado en medio del océano, luchando contra el viento y sin ningún rumbo, y me propusiera que fuera con él! Si lo hiciera, ¿qué suponen que dirían las aseguradoras? ¡No, no! No estoy desempleado a estas alturas del camino. A decir verdad, vi un anuncio para

marineros en buenas condiciones cuando era niño y deambulaba por mi puerto natal, y tan pronto alcancé la mayoría de edad, me embarqué.

No hay soborno con el que la sociedad pueda tentar a un hombre sabio. Pueden recaudar suficiente dinero para abrir un túnel a través de una montaña, pero no para contratar a quien se ocupa de sus propios asuntos. Un hombre eficiente y valioso hace lo que sabe hacer, tanto si la comunidad le paga por ello como si no. Los ineficientes ofrecen su ineficiencia al mejor postor y siempre están a la expectativa de que les den un puesto. Como podemos suponer, rara vez se ven decepcionados.

Tal vez sea más celoso de lo normal con respecto a mi libertad. Siento que mi vínculo y mis obligaciones para con la sociedad son aún muy débiles y transitorias. Aquellas escasas labores que me proporcionan un sustento y que hasta cierto punto me permiten ser de alguna utilidad para mis contemporáneos constituyen por lo general un placer para mí y no suelen recordarme que son una necesidad. Hasta ahora me ha ido bien, pero preveo que si mis necesidades aumentaran, el trabajo necesario para satisfacerlas se convertiría en un suplicio. Si vendiera tanto mis mañanas como mis tardes a la sociedad, como la mayoría parece hacer, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que seguir viviendo. Confío en que nunca tenga que vender mi primogenitura por un plato

de lentejas. Lo que pretendo sugerir es que un hombre puede ser muy trabajador y aun así no emplear bien su tiempo. No hay mayor inepto que quien invierte la mayor parte de su vida en ganarse la vida. Todas las grandes empresas son autosuficientes. El poeta, por ejemplo, debe alimentar su cuerpo con su propia poesía, al igual que un aserradero que alimenta sus calderas de vapor con las virutas que produce. Debemos ganarnos la vida amando. Pero así como se dice que noventa y siete de cada cien comerciantes fracasan, la vida de los hombres en general, según este parámetro, es un fracaso y la bancarrota puede vaticinarse sin duda.

El mero hecho de venir al mundo como heredero de una fortuna no es nacer, sino haber nacido muerto. Que nos mantenga la caridad de los amigos o una pensión del Gobierno —siempre y cuando sigamos respirando—, mediante cualquiera de los refinados sinónimos con que describimos estas relaciones, es ir directo al hospicio. Los domingos, el pobre deudor va a la iglesia para hacer un balance de sus bienes y descubre, naturalmente, que sus gastos han sido mayores que sus ingresos. En la Iglesia católica, sobre todo, comparece ante el tribunal, se confiesa, renuncia a todo y vuelve a empezar de nuevo. De este modo, los hombres se tumban de espaldas y hablan sobre la caída de la humanidad, mas nunca se esfuerzan por levantarse.

En cuanto a lo que los hombres le exigen a la vida en comparación, hay una diferencia importante entre quien está conforme con cierto éxito y siempre da en el blanco a una distancia muy corta y quien, por muy desgraciada y mediocre que sea su vida, constantemente eleva su objetivo, así sea en un ángulo muy leve con respecto al horizonte. Yo sin duda preferiría ser como este último, aunque, como dicen los orientales: “La grandeza no llega al que siempre mira hacia abajo, y quienes sólo miran a lo alto, se empobrecen”.

Es sorprendente que haya tan poco o nada memorable escrito sobre el tema de ganarse la vida; sobre cómo hacer que no sea algo meramente honesto y honorable, sino por completo apetecible y glorioso; pues si ganarse la vida no es eso, la vida tampoco lo es. Uno podría pensar, al echar un vistazo a la literatura, que esta cuestión jamás ha perturbado las meditaciones de un solo individuo. ¿Es que acaso a los hombres les repugna demasiado su experiencia como para hablar de ella? Tendemos a obviar la lección más valiosa que nos enseña el dinero y que el Creador del Universo se ha esforzado tanto en revelarnos. En cuanto a los medios de ganarse la vida, es increíble lo indiferentes que se muestran los hombres de toda clase, incluso los llamados reformistas, tanto si heredan, ganan o roban su sustento. Creo que la sociedad no ha hecho nada por nosotros en este aspecto, o al menos ha

deshecho lo que había hecho. El frío y el hambre me parecen más acordes a mi naturaleza que los métodos que los hombres han adoptado y aconsejan para repelerlos.

Por lo general, el apelativo “sabio” se aplica erróneamente. ¿Cómo puede ser sabio quien no sabe cómo vivir mejor que los demás y tan sólo es más astuto y sutil en su pensar? ¿Opera la sabiduría como un molino de disciplina o nos enseña a triunfar mediante su ejemplo? ¿Existe tal cosa como una sabiduría que no se aplique a la vida o es la sabiduría sólo como el molinero que muele la lógica más fina? Resulta pertinente preguntarse si Platón se ganaba la vida mejor y con más éxito que sus contemporáneos o si sucumbió a las dificultades de la vida como los demás. ¿Dio la impresión de prevalecer sobre algunos por mera indiferencia y por asumir aires de grandeza? ¿O acaso la vida le resultó más fácil porque su tía se acordó de él en su testamento? La manera en que la mayoría de los hombres se gana la vida, es decir, vive, no es más que un arreglo provisional y una evasión del verdadero negocio de la vida, sobre todo porque no conocen nada mejor, pero en parte porque no procuran ser mejores.

La fiebre de llegar a California<sup>2</sup>, por ejemplo, y la actitud no sólo de los comerciantes, sino de supuestos filósofos y profetas

2 En enero de 1848, el hallazgo de oro en Sutter's Mill precipitó la fiebre del oro en California.

al respecto, refleja la mayor desgracia de la humanidad. ¡Que tantos hombres estén dispuestos a vivir de la fortuna y así conseguir dirigir el trabajo de otros menos afortunados, sin aportarle nada de valor a la sociedad! ¡Y llaman a eso emprendimiento! No conozco un suceso más representativo de la inmoralidad del comercio y de las demás formas banales de ganarse la vida. La filosofía, la poesía y la religión de una humanidad como esa no merecen el polvo de un bejín. El cerdo, que se gana la vida hozando y removiendo la tierra, se avergonzaría de semejante compañía. Aunque pudiera disponer de la riqueza de todos los mundos con sólo levantar un dedo, no pagaría ese precio por ella. Incluso Mahoma sabía que Dios no creó este mundo en broma. Hacen que Dios parezca un caballero acaudalado que tira un puñado de monedas para ver cómo la humanidad se pelea por ellas. ¡La lotería del mundo! ¡Echar a suerte la subsistencia en los dominios de la naturaleza! ¡Qué crítica, qué sátira de nuestras instituciones! La humanidad acabará por colgarse de un árbol. ¿Es esto lo que todos los preceptos de todas las Biblias les han enseñado a los hombres? ¿Es la última y más admirable invención de la raza humana un simple rastrillo para estiércol? ¿Es en este punto que orientales y occidentales concurren? ¿Acaso Dios nos indicó que nos ganaríamos la vida cavando donde nunca hemos sembrado? ¿Y que Él tal vez nos recompensaría con pepitas de oro?

Dios le entregó al hombre justo un certificado que le daba derecho a comida y abrigo, pero el hombre injusto encontró un facsimilar de este en las arcas de Dios y se apropió de él, y obtuvo comida y abrigo como el primero. Es uno de los sistemas de falsificación más extendidos que el mundo ha visto. No sabía que la humanidad sufriera por falta de oro. Lo he visto en pocas cantidades. Sé que es muy maleable, pero no tanto como el ingenio. Un grano de oro puede dorar una amplia superficie, pero no tanto como un grano de sabiduría.

El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador como su compañero en los salones de San Francisco. ¿Qué diferencia hay entre remover la tierra y agitar unos dados? Si ganas, la sociedad pierde. El buscador de oro es el enemigo del trabajador honrado, por más restricciones y compensaciones que puedan haber. No basta con que digas que trabajaste duro para obtener tu oro. El diablo también trabaja duro. Los modos de los transgresores pueden ser duros en muchos aspectos. El observador más humilde que vaya a las minas verá y dirá que buscar oro es una especie de lotería; el oro así obtenido no es lo mismo que el salario que se gana por un trabajo honrado. Pero, en la práctica, olvida lo que ha visto, pues sólo ha percibido el hecho, no el principio, y se mete en el negocio, es decir, compra un boleto para lo que usualmente resulta ser otra lotería, aunque menos obvia.

Una tarde, después de leer el relato de Howitt<sup>3</sup> sobre las minas de oro australianas, pasé la noche entera imaginando los numerosos valles con sus arroyos completamente fracturados por fétidos pozos de diez a cien pies de profundidad y media docena de pies de ancho, tan cercanos entre sí como es posible cavarlos y parcialmente llenos de agua; el lugar al que los hombres se abalanzan febrilmente para probar fortuna, sin saber dónde deben romper el suelo, ignorando si el oro se halla bajo su mismo campamento, perforando a veces ciento sesenta pies antes de dar con una veta y en ocasiones fallando por un pie, convertidos en demonios e indiferentes a los derechos de los demás en su sed de riqueza; valles enteros, a lo largo de treinta millas, agujereados de repente como un panal de miel por los pozos de los mineros, donde cientos de ellos desfallecen de asfixia, sumergidos en el agua, cubiertos de barro y arcilla, trabajando día y noche, hasta morir de frío y enfermedad. Tras leer esto, y olvidarlo en parte, estuve pensando, accidentalmente, en mi propia vida insatisfactoria, haciendo lo que hacen los demás; y con aquella visión de las excavaciones todavía ante mí, me pregunté por qué no me ponía yo a lavar un poco de ese preciado oro cada día, aunque

3 William Howitt (1792-1879) fue un historiador y prolífico escritor inglés, autor de *Land, Labour, and Gold* (1855), donde describió el origen y la realidad de las minas de oro australianas.

sólo fueran las partículas más finas; por qué no cavaba yo mismo un pozo hasta el oro que hay en mi interior y sacaba provecho de esa mina. Ahí está nuestro Ballarat, nuestro Bendigo<sup>4</sup>. ¿Y si resultara ser otro Sulky Gully?<sup>5</sup> Al menos me conduciría a través de un sendero, por muy solitario, estrecho y tortuoso que este fuera, por el que podría caminar con amor y reverencia. Dondequiera que un hombre se separe de la multitud, y tome su propio rumbo con ese ánimo, ciertamente se topará con una bifurcación en el camino, aunque el viajero común no vea más que una brecha en la estacada. Su camino solitario a campo traviesa resultará el más elevado de los dos.

Los hombres se abalanzan hacia California y Australia como si el verdadero oro se hallara en esa dirección; pero eso es dirigirse al extremo opuesto de donde este yace. Sus prospecciones cada vez se alejan más del verdadero filón y, cuanto más exitosos se creen, más desafortunados son. ¿No es nuestra tierra natal aurífera? ¿Acaso no corre por nuestro valle nativo un arroyo de las montañas doradas? ¿Y no ha ido arrastrando partículas brillantes y formando pepitas de oro para nosotros durante eras geológicas? No obstante, por

4 Ballarat y Bendigo, hoy ciudades importantes, fueron dos de los principales y más prósperos asentamientos mineros de Australia durante la época victoriana.

5 En su relato, Howitt se refiere a una pequeña e infructuosa mina denominada "Sulky Gully" [Barranco Miseria] por los mineros de la región.

extraño que parezca, si un minero se escabullera a las soledades inexploradas que nos rodean en busca de este verdadero oro, no correría el riesgo de que alguien le siguiera los pasos y se empeñara en suplantarlo. Podría incluso reclamar y excavar el valle entero, tanto las parcelas cultivadas como las baldías, en paz durante toda su vida, pues nadie nunca le disputaría su derecho. No les importarían sus cribas ni sus canaletas. No estaría confinado en un espacio de doce pies cuadrados, como en Ballarat, sino que podría cavar en cualquier parte y lavar el mundo entero en su batea.

Howitt dice del hombre que encontró la pepita gigante que pesó veintiocho libras en las excavaciones de Bendigo, en Australia: “Pronto empezó a beber; compró un caballo y cabalgaba por todas partes, por lo general a galope tendido y, cuando se encontraba con alguien, le preguntaba a voces si sabía quién era él y luego le informaba amablemente que era ‘el maldito desgraciado que había encontrado la pepita’. Al final, se estrelló a toda velocidad contra un árbol y parece que por poco pierde los sesos”. Yo creo, sin embargo, que no corría tal peligro, pues ya lo había hecho con la pepita. Howitt añade: “Es un hombre absolutamente ruin y miserable”. Pero es un ejemplo de esa clase de hombres. Todos ellos son disolutos. Escuchen algunos de los nombres de los lugares donde cavan: “Llanura del imbécil”, “Barranco cabeza de

oveja”, “Escollo del asesino”, etc. ¿No es evidente la sátira de estos nombres? Pueden llevar su sucia riqueza adonde quieran; a mi juicio, donde vivan seguirá llamándose “Llanura del imbécil” y “Escollo del asesino”.

La última fuente de nuestra energía ha sido la profanación de tumbas en el istmo de Darién, una empresa que parece estar en su primera infancia, pues, de acuerdo con los últimos reportes, una ley que regula este tipo de minería fue aprobada en segundo debate en la cámara legislativa de Nueva Granada, y un corresponsal del *Tribune* escribe: “En la estación seca, cuando el clima permita que en el terreno se hagan las prospecciones adecuadas, sin duda se hallarán más guacas [es decir, cementerios] con tesoros”. A los emigrantes, les dice: “No vengan antes de diciembre; tomen la ruta del istmo mejor que la de Boca del Toro; no traigan equipaje innecesario y no se compliquen con una carpa, aunque un buen par de mantas serán necesarias; una pica, una pala y un hacha de buena calidad serán prácticamente todo lo que necesiten”, un consejo que podría haberse tomado de la *Guía de Burke*<sup>6</sup>. Y concluye con esta frase en cursiva y versalitas: “Si

6 Título irónico dado por Thoreau a un supuesto manual de profanación de tumbas. William Burke (1792-1829) fue un famoso asesino y ladrón de cadáveres irlandés que, junto con su compañero William Hare, mató a dieciséis personas y vendió los cuerpos de sus víctimas como material de disección a la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo.

*están bien en casa, quédense ahí*”, que perfectamente podría interpretarse como: “Si se ganan bien la vida saqueando cementerios en casa, quédense ahí”.

Pero ¿por qué ir a California por un lema? Es la hija de Nueva Inglaterra, criada en su propia casa e iglesia.

Es sorprendente que entre tantos predicadores haya tan pocos maestros de la moral. Los profetas se dedican a excusar los comportamientos de los hombres. Los más honorables señores, los *illuminati* de esta era, me dicen, con una sonrisa compasiva y nostálgica, entre un suspiro y un estremecimiento, que no sea tan blando en estos asuntos... que los deje pasar, es decir, que deje pasar el oro. El mejor consejo que he oído al respecto era rastrero. A grandes rasgos, decía: “No vale la pena tratar de reformar el mundo en este sentido. No preguntes por qué tu pan lleva mantequilla; te sentará mal si lo haces”, y cosas por el estilo. Es mejor pasar hambre que perder la inocencia ganándose el pan. Si dentro del hombre sofisticado no hay uno sencillo, entonces no es más que un ángel del diablo. A medida que envejecemos, vivimos de manera más tosca, relajamos un poco nuestra disciplina y, hasta cierto punto, dejamos de obedecer nuestros instintos más puros. Pero deberíamos ser escrupulosos hasta el extremo de la cordura e ignorar las burlas de aquellos menos afortunados que nosotros.

Ni siquiera nuestra ciencia y nuestra filosofía suelen ofrecernos una explicación verdadera y absoluta de las cosas. Un espíritu de secta y de fanatismo ha plantado su pezuña entre las estrellas. Sólo hay que discutir la cuestión de si las estrellas están habitadas o no para descubrirlo. ¿Por qué hemos de mancillar los cielos como hemos hecho con la tierra? Fue desafortunado descubrir que el doctor Kane y sir John Franklin eran masones, pero es más cruel la sugerencia de que esa fue probablemente la razón por la que el primero fue en busca del segundo<sup>7</sup>. No hay una sola revista popular en este país que se atreva a publicar la opinión de un niño sobre temas importantes sin añadir algún comentario. Todo debe pasar por los doctores en Divinidad. Yo preferiría que fuera valorado por los más doctos pajaritos.

Venimos de asistir al funeral de la humanidad para asistir a un fenómeno natural. Una pequeña idea puede sepultar el mundo.

No conozco casi a ningún intelectual que sea tan verdaderamente liberal y abierto para que se pueda pensar en voz alta en su presencia. La mayoría de aquellos con los que intento hablar no tardan en posicionarse a favor de alguna

7 Elisha Kent Kane (1820-1857) fue un oficial médico estadounidense que participó en dos de las expediciones en busca del explorador británico sir John Franklin (1786-1847) y su tripulación, quienes se extraviaron y fallecieron en el Ártico tratando de encontrar el paso del Noroeste.

institución en la que parecen tener cierto interés; es decir, poseen una manera particular, no universal, de ver las cosas. Se empeñan en interponer su techo bajo, con un estrecho tragaluz, entre nosotros y el cielo, cuando lo que deberíamos contemplar son los cielos despejados. ¡Aparten sus telarañas del camino, limpien sus ventanas, les digo! En algunos liceos me comentan que por votación han decidido excluir el tema de la religión. ¿Cómo podría entonces saber cuál es su fe y cuándo estoy lejos o cerca de ella? Me he aventurado por semejante terreno y he hecho lo mejor posible por hablar abiertamente sobre mis experiencias religiosas, y la audiencia nunca ha sospechado de qué hablaba. La conferencia les resultaba tan inofensiva como la luz de la luna. En cambio, si les hubiera leído la biografía de los grandes pícaros de la historia, habrían pensado que había escrito sobre las vidas de los diáconos de su Iglesia. Por lo general, la pregunta es: “¿De dónde vienes?” o “¿A dónde vas?”, pero una vez oí que uno de mis oyentes le planteaba una pregunta más pertinente a otro: “¿A favor de qué es la conferencia?”. Me hizo estremecer hasta los pies.

Para ser imparcial, los mejores hombres que conozco no son ni serenos ni un microcosmos. En su mayoría, se obsesionan con las formas y halagan y estudian las apariencias con más perspicacia que el resto. Utilizamos granito para

cimentar nuestras casas y graneros, construimos tapias de piedra, pero nosotros mismos no reposamos en cimientos de verdad granítica, la roca más primitiva de todas. Nuestros umbrales están podridos. ¿De qué sustancia está hecho el hombre que no coexiste en nuestro pensamiento con la verdad más pura y sutil? A menudo acuso a mis allegados de una inmensa frivolidad, pues, aunque no caemos en formalidades y cumplidos, no nos damos unos a otros lecciones de honestidad y sinceridad como hacen los animales, ni de firmeza y solidez como hacen las rocas. No obstante, la culpa suele ser mutua, pues no estamos habituados a exigirnos demasiado los unos a los otros.

¡Consideren qué típico y superficial fue todo el entusiasmo por Kossuth!<sup>8</sup> No más que otra especie de política o de baile. Los hombres le profesaron discursos por todo el país, pero todos expresaron únicamente la opinión —o la falta de esta— de la multitud. Nadie se apoyó en la verdad. Se apañaron como de costumbre, apoyándose unos en otros, y todos juntos sobre nada; como los hindúes hacían que el mundo reposara en un elefante, el elefante en una tortuga y

8 Lajos Kossuth (1802-1894) fue un aristócrata, orador y líder político independentista húngaro. Tras el fracaso de la Revolución húngara de 1848, fue obligado a exiliarse y trató de instalarse en el Reino Unido, pero la reina Victoria, temerosa de posibles represalias del Continente por dar cobijo a un revolucionario, medió para impedirlo. Posteriormente, se instaló en Estados Unidos.

la tortuga en una serpiente, y no tenían nada que poner bajo la serpiente. Como único fruto de todo ese revuelo, tenemos el sombrero de Kossuth.

Así de vacía y superficial es en su mayor parte nuestra conversación cotidiana. Una superficie se topa con otra. Cuando nuestra vida deja de ser interior y privada, la conversación degenera en meros chismes. Rara vez nos encontramos con alguien que pueda contarnos una noticia que no haya leído en la prensa o que no le haya contado su vecino y, por lo general, la única diferencia entre nosotros y nuestro conocido es que él ha leído el periódico o salido a tomar el té y nosotros no. En proporción al fracaso de nuestra vida interior, vamos con más frecuencia y desesperación a la oficina de correos. Pueden estar seguros de que el pobre diablo que sale de allí con el mayor número de cartas, orgulloso de su abundante correspondencia, no ha tenido noticias de sí mismo hace mucho tiempo.

Yo diría que leer un periódico a la semana ya es demasiado. Lo he intentado recientemente y me parece que desde entonces no he vuelto a habitar en mi región natal. El sol, las nubes, la nieve y los árboles ya no me dicen tanto. No se puede servir a dos amos. Se requiere más que la devoción de un día para conocer y poseer la riqueza de un día.

Bien podríamos avergonzarnos al contar las cosas que hemos leído u oído a lo largo del día. No sé por qué mis noticias

tienen que ser tan triviales, teniendo en cuenta cuáles son nuestros sueños y expectativas, ni por qué nuestro progreso tiene que ser tan mezquino. La mayoría de noticias que oímos no son relevantes para nuestro espíritu. Son rancias repeticiones. A menudo nos sentimos tentados a preguntar por qué se pone tanto énfasis en la experiencia personal que alguien ha tenido. Cuando, después de veinticinco años, volvamos a toparnos con los mismos registradores de sucesos en la acera, ¿no nos habremos movido ni una pulgada? Así son las noticias diarias. Sus acontecimientos parecen flotar en la atmósfera, insignificantes como las esporas de los hongos, hasta incidir en algún talo abandonado o en la superficie de nuestras mentes, que les proporcionan una base para su crecimiento parasitario. Deberíamos librarnos de tales noticias. Si nuestro planeta explotara, ¿tendría alguna relevancia quién estuvo involucrado en la explosión? En nuestro sano juicio no sentimos la menor curiosidad por semejantes sucesos. No vivimos para el divertimento ocioso. Yo no doblaría una esquina corriendo para ver el mundo explotar.

Puede que durante todo el verano y hasta bien entrado el otoño hayas ignorado inconscientemente los periódicos y las noticias, y después hayas descubierto que era porque tus mañanas y tus tardes estaban llenas de ellas. Tus paseos estaban llenos de incidentes. No prestabas atención a los

asuntos de Europa, sino a tus propios asuntos en los campos de Massachusetts. Si tienes la suerte de vivir y moverte y existir en ese fino estrato en el que transpiran los sucesos que constituyen las noticias —más fino que el papel en que están impresas—, entonces estas cosas llenarán tu mundo; pero si te elevas por encima o te sumerges por debajo de ese plano, ya no podrás recordarlas, ni ellas a ti. Ver realmente el sol salir y ponerse cada día, y así participar en un hecho universal, nos mantendría cuerdos por siempre. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como enjambres de insectos. El historiador lucha en vano por hacerlos memorables. Es por falta de hombres genuinos que hay tantas hordas de hombres. Son los individuos los que pueblan el mundo. Cualquier hombre que piense podría decir con el espíritu de Lodin:

Desde las alturas contemplo las naciones,  
y se convierten en cenizas ante mí;  
sereno es morar entre las nubes,  
Placenteros son los grandes prados de mi reposo.<sup>9</sup>

9 Versos parafraseados de "Carric", uno de los llamados "Poemas de Ossian", del poeta escocés James Macpherson (1736-1796).

Que nos dejen vivir sin ser arrastrados por perros —a la manera esquimal— que atraviesan montañas y valles y se muerden las orejas unos a otros.

En ocasiones suelo advertir, no sin cierto estremecimiento ante el peligro, lo cerca que ha estado mi mente de admitir los detalles de algún asunto trivial, los rumores de la calle, y me sorprende observar lo dispuestos que están los hombres a atiborrar sus mentes con semejante basura, a permitir que rumores ociosos e incidentes de la mayor insignificancia se entremetan en un terreno que debería estar consagrado al pensamiento. ¿Debería ser la mente una plaza pública donde se discutan principalmente los asuntos de la calle y los chismes de la mesa del té o una estancia del cielo mismo, un templo hípetro, consagrado al servicio de los dioses? Me resulta tan difícil desechar los pocos hechos que para mí son significativos que vacilo en sobrecargar mi atención con aquellos que son insignificantes y que sólo una mente divina podría ilustrar. Tales son, en general, las noticias de los periódicos y las conversaciones. Es importante preservar la castidad de la mente en este aspecto. ¡Imaginen que admitiéramos los detalles de un solo caso de la corte penal en nuestros pensamientos, para que asedien y profanen su mismísimo *sanctum sanctorum* durante una o muchas horas! ¡Que hiciéramos de la estancia más íntima de la mente una auténtica taberna,

como si el polvo de la calle nos hubiera invadido por mucho tiempo y la calle misma, con todo su ajetreo, su bullicio y su suciedad, atravesara el santuario de nuestros pensamientos! ¿No sería eso un suicidio intelectual y moral? Cuando me he visto obligado a sentarme como espectador y oyente en la sala de un tribunal durante horas, y he visto a mis vecinos, que no estaban obligados, entrar a hurtadillas de vez en cuando, andando en puntillas con las manos y las caras lavadas, me ha dado la impresión de que, al quitarse el sombrero, sus orejas se expandían súbitamente hasta formar grandes tolvas auditivas, entre las que incluso sus estrechas cabezas se comprimían. Como las aspas de los molinos de viento, captaban las amplias pero superficiales ondas sonoras que, tras unas pocas revoluciones estimulantes de los engranajes de sus cerebros, salían por el otro lado. Me preguntaba si al volver a casa pondrían tanto empeño en lavarse los oídos como habían hecho antes con las manos y la caras. En dichas ocasiones me ha parecido que los oyentes y los testigos, el jurado y el abogado, el juez y el delincuente en el banquillo —suponiendo que sea culpable antes de ser condenado— eran igual de criminales, y que un rayo podría descender y fulminarlos a todos.

Mediante toda clase de trampas y carteles que amenacen con el mayor castigo de la ley divina deberíamos excluir a tales intrusos del único terreno que puede ser sagrado para

nosotros. ¡Es tan difícil olvidar lo que no sirve de nada recordar! Si he de ser un cauce, preferiría serlo de los riachuelos de las montañas, de los arroyos parnasos, y no de las alcantarillas de una ciudad. Está la inspiración, ese rumor que llega al oído de la mente atenta desde las cortes celestiales, y está la revelación profana y rancia de la taberna y el tribunal policial. El mismo oído es apto para captar ambas comunicaciones, pero sólo el carácter del que escucha determina a cuál se abre y a cuál se cierra. Creo que la mente puede quedar permanentemente profanada por el hábito de prestar atención a asuntos triviales, de modo que todos nuestros pensamientos resulten teñidos de trivialidad. Nuestro propio intelecto debería estar macadamizado, por así decirlo, con sus cimientos machacados, para que las ruedas del viaje pasen por encima sin problema; y si quieren saber cómo hacer un pavimento más duradero, superior a los cantos rodados, los bloques píceos y el asfalto, sólo tienen que examinar algunas de las mentes que se han sometido a este tratamiento durante mucho tiempo.

Si nos hemos profanado a nosotros mismos de este modo —¿y quién no?—, el remedio será consagrarnos de nuevo con cautela y devoción, y volver a hacer de la mente un templo. Deberíamos tratar nuestras mentes, es decir, a nosotros mismos, como a niños inocentes e ingenuos de los que somos guardianes, y vigilar cuáles objetos y cuestiones le imponemos

a su atención. No leas el *Times*. Lee la *Eternidad*. A la larga, los convencionalismos son tan nocivos como las inmoralidades. Incluso los hechos científicos pueden empolvar la mente con su aridez, a menos que se borren de algún modo cada mañana o los fertilice el fresco rocío de la verdad. El conocimiento no nos llega mediante detalles, sino a través de destellos de luz de los cielos. Sí, cada pensamiento que pasa por la mente contribuye a desgastarla y desgarrarla, y a ahondar los surcos que, como las calles de Pompeya, evidencian el uso que se hizo de ella. ¡Cuántas cosas damos por sentado sobre las que deberíamos deliberar para decidir si había que aceptarlas o no, si debimos permitir que condujeran sus carretas, incluso al trote o al paso más lento, por ese puente de glorioso alcance que finalmente confiamos cruzar desde la ribera más lejana del tiempo hasta la orilla más cercana de la eternidad! ¿Acaso no tenemos cultura ni refinamiento? ¿Tan sólo la habilidad de vivir toscamente y servir al diablo para adquirir una mísera riqueza mundana, o fama, o libertad, y alardear de ella, como si fuéramos todo cáscara y concha, sin pulpa viva y tierna? ¿Serán nuestras instituciones como esos erizos de castaño que contienen frutos abortados y que sólo sirven para pincharse los dedos?

Dicen que América es el campo donde se librerá la batalla por la libertad, pero desde luego no pueden referirse a la

libertad en un sentido meramente político. Incluso si admitimos que el americano se ha liberado de un tirano político, todavía es esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república —la *res publica*— se ha consolidado, es hora de vigilar la *res privata* —los asuntos privados—, para procurar que, como el Senado romano ordenaba a sus cónsules, *ne quid res privata detrimenti caperet*, que los asuntos privados no sufran detrimento alguno.

¿Llamamos a esta la tierra de los hombres libres? ¿Qué sentido tiene liberarse del rey Jorge y seguir siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué sentido tiene nacer libre y no vivir libremente? ¿Cuál es el valor de la libertad política sino el de un medio para alcanzar la libertad moral? ¿De qué alardeamos: de nuestra libertad para ser esclavos o de nuestra libertad para ser libres? Somos una nación de políticos, preocupados únicamente por las defensas más externas de la libertad. Tal vez sólo los hijos de nuestros hijos serán realmente libres. Nos imponemos cargas injustas. Hay una parte de nosotros que no está representada. Es un gravamen sin representación. Alojamos a tropas, a tontos y a ganado de todo tipo. Alojamos a nuestros burdos cuerpos en nuestras pobres almas, hasta que los primeros devoran toda la sustancia de las segundas.

Con respecto a una cultura y una virilidad auténticas, seguimos siendo esencialmente provincianos, no metropolitanos:

meros fulanos. Somos provincianos porque no encontramos nuestros principios en casa; porque no veneramos la verdad, sino el reflejo de la verdad; porque estamos corrompidos y limitados por una devoción exclusiva a los negocios, al comercio, a las fábricas, a la agricultura y similares, que no son más que medios, no fines.

El Parlamento inglés también es provinciano. Como meros gañanes, se traicionan unos a otros cada vez que surge un asunto importante que resolver: la cuestión irlandesa, por ejemplo. ¿Por qué no habré dicho “la cuestión inglesa”? Sus naturalezas están condicionadas por aquello en lo que trabajan. Su “buena crianza” sólo respeta cuestiones secundarias. Los modales más refinados del mundo resultan torpes y necios cuando se les compara con una inteligencia superior. Se nos presentan como simples modas del pasado: mera corte-sía, calzones cortos y estrechos, todos anticuados. Los modales exquisitos son un vicio del que se despoja continuamente el carácter; prendas o conchas desechadas, que reclaman el respeto que pertenecía a la criatura que alguna vez las habitó. Nos ofrecen la concha en lugar de la carne, y no es excusa que, en el caso de algunos moluscos, las conchas sean más valiosas que la carne. El hombre que me impone sus modales actúa como si insistiera en mostrarme su gabinete de curiosidades, cuando lo que yo quisiera es verlo a él. No fue en

este sentido que el poeta Dekker llamó a Cristo “el primer caballero de verdad que jamás había existido”<sup>10</sup>. Reitero que en este aspecto la corte más espléndida de la cristiandad resulta provincial, pues sólo tiene autoridad para hacer consultas sobre intereses transalpinos, no sobre los asuntos de Roma. Un pretor o un procónsul bastarían para resolver las cuestiones que absorben la atención del Parlamento inglés y del Congreso americano.

¡Gobierno y legislación! Yo creía que estas eran profesiones respetables. Hemos oído hablar de Numas, Licurgos y Solones de origen divino en la historia de la humanidad, cuyos nombres por lo menos pueden representar a legisladores ideales; pero ¡imaginen legislar para regular la crianza de esclavos o la exportación de tabaco! ¿Qué tienen que ver los legisladores divinos con la exportación o la importación del tabaco? ¿Y los humanos con la crianza de esclavos? Supongamos que tuviéramos que plantearle la cuestión a un hijo de Dios cualquiera —y es que Él no tiene hijos en el siglo XIX? ¿Se trata acaso de una familia extinta? ¿Bajo qué condiciones podríamos revivirla?—: ¿Qué diría de sí mismo el día del Juicio Final un estado como Virginia, cuyo principal producto, cuya materia prima, han sido esos? ¿Qué espacio queda para el patriotismo

10 Cita de *The Honest Whore*, comedia jacobina escrita por Thomas Dekker (1572-1632) y Thomas Middleton (1580-1627).

en semejante estado? Extraigo los datos de las tablas estadísticas que los estados mismos han publicado.

¡Un comercio que blanquea los mares en busca de nueces y pasas y que convierte en esclavos a sus marineros con este propósito! El otro día vi un navío que había naufragado; muchas vidas se perdieron y su cargamento de andrajos, nebrinas y almendras amargas se había desparramado a lo largo de la orilla. No me pareció que valiera la pena tentar los peligros del mar entre Leghorn y Nueva York por un cargamento de nebrinas y almendras amargas. ¡América yendo al Viejo Mundo en busca de sus frutos amargos! ¿No son el piélagos y los naufragios lo suficientemente amargos aquí para sumergir en ellos el cáliz de la vida? Y, sin embargo, así es en gran medida el comercio del que tanto nos jactamos; y quienes se hacen llamar estadísticas y filósofos están tan ciegos que piensan que el progreso y la civilización dependen precisamente de este tipo de actividad e intercambio... la actividad de las moscas revoloteando sobre un barril de melaza. “Bien podrían los hombres ser ostras”, alguien ha dicho. “Bien podrían ser mosquitos”, contesto yo.

El teniente Herndon, a quien nuestro gobierno envió a explorar el Amazonas, según dicen, para extender el área de la esclavitud, advirtió que allí hacía falta “una población laboriosa y activa que supiera cuáles son las comodidades de la vida y que tuviera necesidades artificiales que la indujeran a extraer

los grandes recursos de la región”. Pero ¿cuáles son esas “necesidades artificiales” que hay que fomentar? No creo que el amor a los lujos, como el tabaco y los esclavos de su Virginia natal, o el hielo, el granito u otra riqueza material de nuestra Nueva Inglaterra; ni que “los grandes recursos de la región” sean la fertilidad o la aridez del suelo que los produce. La principal necesidad de cada estado que he visitado es un propósito elevado y sincero en sus habitantes. Eso es lo único que extrae “los grandes recursos” de la naturaleza y, en últimas, nos permite tasar su valor más allá de estos, pues el hombre se extingue naturalmente sin ella. Cuando preferimos la cultura a las papas, y la ilustración a las ciruelas confitadas, los grandes recursos del mundo son valorados y extraídos, y el resultado, su principal producto, no son los esclavos ni los obreros, sino los hombres, esos excepcionales frutos llamados héroes, santos, poetas, filósofos y redentores.

En resumen, al igual que un montículo de nieve se forma cuando cesa el viento, podríamos decir que una institución surge cuando cesa la verdad. Pero nuevamente la verdad le sopla encima y, a la larga, la derriba.

Lo que llaman política es algo tan superficial e inhumano en comparación que en la práctica nunca he reconocido que me interese. He visto que los periódicos dedican algunas de sus columnas gratuitamente a la política o al Gobierno y esto,

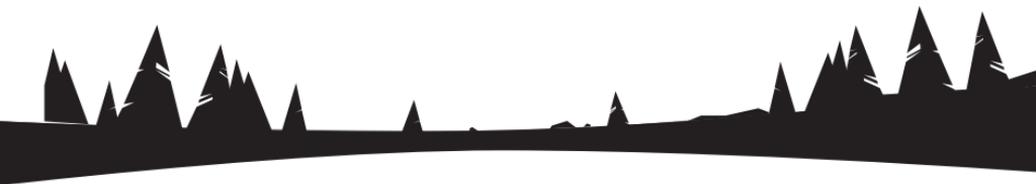
podríamos decir, es lo único que los salva, pero, como adoro la literatura y, hasta cierto punto, la verdad, nunca leo esas columnas. No quiero embotar demasiado mi sentido de lo correcto. No tengo que rendir cuentas por haber leído un solo mensaje del presidente. ¡Qué era del mundo tan extraña es esta, en la que imperios, reinos y repúblicas vienen a mendigar a la puerta privada de un hombre y le comentan sus quejas al oído! No puedo coger un periódico sin encontrarme con que algún Gobierno desdichado, acorralado y en las últimas me pide a mí, el lector, con más insistencia que un mendigo italiano, que vote por él; y si se me ocurre echar un vistazo a su testimonio, redactado, tal vez, por el secretario bonachón de algún comerciante o por el capitán del barco que lo trajo, puesto que no habla ni una palabra de inglés, probablemente leeré sobre la erupción de algún Vesubio o del desbordamiento de algún Po, verdadero o ficticio, que lo redujo a dicha condición. En tal caso no dudo en sugerirle que trabaje o que acuda al hospicio. O si no, ¿por qué no se ocupa de sí mismo, como suelo hacer yo? El pobre presidente, entre preservar su popularidad y cumplir con su deber, termina por perder el juicio. Los periódicos son el poder dominante. Cualquier otro Gobierno se reduce a unos cuantos infantes de marina en Fort Independence. Si un hombre se niega a leer el *Daily Times*, el Gobierno se arrodillará ante él, pues esta es la única traición en nuestro tiempo.

Las cosas que más atraen ahora la atención de los hombres, como la política y la rutina diaria, ciertamente son funciones vitales de la sociedad humana, pero deberían llevarse a cabo de manera inconsciente, como las correspondientes funciones fisiológicas del cuerpo. Son infrahumanas, una especie de vegetación. A veces me torno semiconsciente de su funcionamiento, como quien se percata de ciertos procesos digestivos en un estado mórbido y descubre que tiene lo que llaman dispepsia. Es como si un pensador se sometiera a ser triturado por la gran molleja de la creación. La política es, por así decirlo, la molleja de la sociedad, llena de gravilla y arena, y los dos partidos políticos son sus dos mitades opuestas —a veces divididas en cuartos—, que se estrujan entre sí. Por lo tanto, no sólo los individuos, sino los estados, tienen una dispepsia confirmada, que ya pueden imaginar con qué tipo de elocuencia se expresa. De modo que nuestra vida no consiste únicamente en olvidar, sino también, ¡ay!, en gran medida, en recordar aquello de lo que nunca deberíamos haber sido conscientes, mucho menos en nuestras horas de vigilia. ¿Por qué no habríamos de reunirnos alguna vez, no solo como dis pépticos que se cuentan sus pesadillas, sino como eupépticos, para congratularnos unos a otros por el glorioso amanecer de cada día? No es una petición exorbitante, se los aseguro.



## NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta nueva traducción de "Caminar" y "Una vida sin principios", de Diego Uribe-Holguín, fue resultado de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2020. La edición que se usó de referencia fue *Thoreau. Essays*, editada por Jeffrey S. Cramer







## HENRY DAVID THOREAU

Nació el 12 de julio en Concord, Massachusetts. Entre 1833 y 1837 se forma en la Universidad de Harvard. Da clases en Concord, con su hermano John entre 1838 y 1841. En 1842 escribe *A Natural History of Massachusetts*. En 1845 se traslada a la laguna de Walden, donde permanecerá desde el 4 de julio de ese año hasta el 6 de septiembre de 1847. En 1846 lo encarcelan por no pagar el impuesto al sufragio. En 1848 imparte la conferencia “Desobediencia civil”. En 1854 se publica *Walden*. En 1860 se resfría contando anillos de árboles, lo que, además de la tuberculosis implantada en la familia, resultará fatal. Muere el 6 de mayo de 1862. Gran parte de su obra se publicó póstumamente, entre la que destacamos, además de los textos ya mencionados, las distintas ediciones de su poesía y sus diarios.



## **Libro al Viento**

---

COLECCIÓN LATERAL

Tiene una franja azul y es un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura y el ensayo.

- |              |  |            |  |
|--------------|--|------------|--|
| <b>33</b>    | <b>PALABRAS PARA UN MUNDO MEJOR</b><br><i>José Saramago</i>  | <b>79</b>  | <b>MEMORIAS PALENQUERAS Y RAIZALES</b><br><i>Varios autores</i>  |
| <b>40</b>    | <b>EL LIBRO DE MARCO POLO SOBRE LAS COSAS MARAVILLOSAS DE ORIENTE</b>  | <b>80</b>  | <b>RUFINO JOSÉ CUERVO: UNA BIOGRAFÍA LÉXICA</b>  |
| <b>56</b>    | <b>LA EDAD DE ORO</b><br><i>José Martí</i>   | <b>83</b>  | <b>CALIDEZ AISLADA</b><br><i>Camilo Aguirre</i>  |
| <b>64</b>    | <b>VIVA LA POLA</b><br><i>Beatriz Helena Robledo</i>   | <b>89</b>  | <b>CARTAS DE TRES OCÉANOS 1499-1575</b><br><i>Isabel Soler e Ignacio Vásquez (edición y traducción)</i>  |
| <b>65</b>    | <b>SOY CALDAS</b><br><i>Stefan Pohl Valero</i>   | <b>96</b>  | <b>CRONISTAS DE INDIAS EN LA NUEVA GRANADA (1537-1731)</b><br><i>Gonzalo Jiménez de Quesada<br/>Pedro Cieza de León<br/>Fray Pedro Simón<br/>Alexandre Olivier Exquemelin<br/>Fray Alonso de Zamora<br/>Joseph Gumilla</i> |
| <b>71/72</b> | <b>PÜTCHI BIYÁ UA,</b><br>Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia. Vols. I y II<br><i>Miguel Rocha Vivas</i> | <b>106</b> | <b>BREVIARIO DE LA PAZ</b><br><i>Varios autores</i>  |
| <b>73</b>    | <b>GLOSARIO PARA LA INDEPENDENCIA.</b><br>Palabras que nos cambiaron<br><i>Margarita Garrido y Juan Ignacio Arboleda</i>                       |            |  |

- 112** BICICLETARIO  
*Juan Carlos Rodríguez*
- 125** MARAVILLASY HORRORES  
DE LA CONQUISTA  
*Orlando Melo (selección)*
- 130** EL ARTE DE DISTINGUIR A  
LOS CURSIS  
*Santiago de Liniers y  
Francisco Silvela*
- 138** VERSIONES DE LA  
INDEPENDENCIA
- 141** CANCIONERO DE ROCK  
AL PARQUE
- 157** RECUERDO MI ORIGEN  
*Vito Apūshana, Fredy  
Chikangana, Nataly Domicó,  
Hugo Jamioy, María Violet  
Medina Quiscue, Iván Niviayo,  
Nelson Tuntaquimba Quinche*



Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 80 de nuestros títulos.



# TRANCÓN



*Caminar y Una vida sin principios* fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 158, y se imprimió en el mes de febrero del año 2022 en Bogotá.

CIRCULACIÓN  
GRATUITA

158

“Un libro verdaderamente bueno es algo tan natural,  
y tan inesperada e inexplicablemente bello y perfecto,  
como una flor silvestre descubierta en las praderas  
del oeste o en las junglas orientales.”



COLECCIÓN LATERAL

libro al  
viento



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

BOGOTÁ